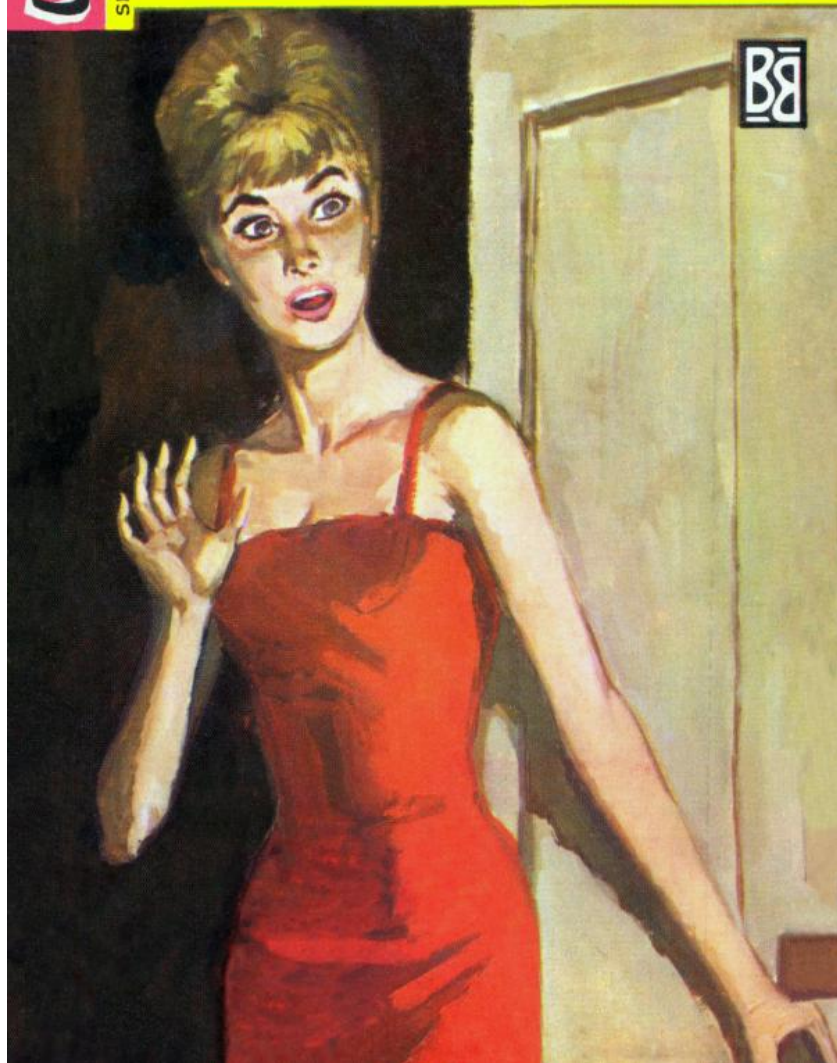




UNA MANO EN LA NIEBLA

silver kane





SILVER KANE

UNA MANO EN LA NIEBLA

Col. **SERVICIO**

SECRETO n.º 741

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ



DEPÓSITO LEGAL B 22.768-1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a edición: octubre 1964

© SILVER KANE - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© JORGE SAMPER - 1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en **Imprenta Ecumene, S. A.** - Pasaje de la Banca, 5
Barcelona, 1964

N. R. 5078/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

833 — La reina de los muertos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

737 — Detrás del silencio.

En Colección TEXAS:

393 — La loba del rancho.

En Colección KANSAS:

315 — Hijo de la muerte.

En Colección BÚFALO:

553 — Bueno para morir.

En Colección ASES DEL OESTE:

271 — Los lobos de Nevada.

En Colección PUNTO ROJO:

113 — Un delicioso terror.

En Colección METRALLA:

49 — ¡Os ordeno morir!

En Colección Selecciones SERVICIO SECRETO:

106 — Ataúd para una novia.

En Colección BRAVO OESTE:

135 — El buitre de la colina.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

19 — Rumbo al Más Allá.

En Colección COLORADO:

360 — Dos caballeros.

UNO

Si uno se acerca a la catedral protestante de Dublín, donde parte de la población es no católica, verá sin duda en la parte exterior la estatua del hombre que ayudó con su dinero a restaurarla. Se trata de uno de los antepasados de los actuales Guinness, fabricantes de cerveza cuya fama ha dado la vuelta al mundo entero.

La figura pensativa de aquel hombre ha quedado para siempre allí, a la sombra de sus muros, como un ejemplo de lo que uno debe hacer con los bienes de este mundo, además de beber buena cerveza.

Dentro de la catedral, como sucede en buena parte de las iglesias protestantes, hay algunas tumbas, aparte de numerosas estatuas.

A Margaret la impresionó especialmente, de una manera profunda e inolvidable, una de ellas.

Había estado detenida varios minutos ante la puerta de la catedral, dudando si entrar, cuando al fin atravesó el umbral y se inmovilizó bajo las impresionantes naves justo en el momento en que el coro, situado a la derecha, entonaba los primeros acordes de un solemne oficio religioso.

Fue entonces cuando vio la estatua.

Hay que decir ante todo que esa estatua no tiene nada de particular, y que cualquier lector curioso al que interese comprobarlo puede encontrarla en tal sitio ahora o dentro, de cincuenta años, pues la catedral de Dublín, como casi todos los edificios religiosos de alguna categoría, es uno de los lugares más inalterables que existen en el mundo.

Se trata de una escultura de mármol blanco que está junto a otras varias y representa a un juez. No es preciso dar ahora su nombre ni sus características porque ello no interesa a los efectos de esta historia. Tampoco interesó a Margaret cuando vio la estatua. Pero, sin embargo, esta quedó profundamente grabada en su sensibilidad y en su mente.

Le llamó la atención más que las otras porque era la única relativamente moderna que había allí. A primera vista hubiera podido decirse que aquel hombre había muerto cincuenta años

antes. Incluso, con un poco de buena voluntad, hubiera podido afirmarse que aquellas ropas aún pueden ser usadas por alguna persona anticuada de nuestros días.

La sensación de vida era real, concreta, casi tangible.

Otra cosa que contribuyó a impresionar a Margaret fue que las dimensiones de aquella estatua casi correspondieran a las normales de un hombre. Y, por fin, la expresión serena del rostro, una expresión que parecía estar más allá de la vida y de la muerte, y que por tanto no era de ayer ni de hoy, una expresión que uno creía poder encontrar, viva y palpable, en cualquier rincón de las solemnes naves.

Margaret se detuvo como sobrecogida, mirando aquella estatua, mientras el coro entonaba la solemne melodía.

Robert, que iba junto a ella, musitó:

— ¿Qué es lo que le ha impresionado tanto...?

— Esa estatua...

— Sí, ya me doy cuenta de que tiene los ojos clavados en ella. ¿Es que ocurre alguna cosa?

— Por favor, permita que me acerque.

— No faltaba más. Hágalo.

Margaret atravesó la nave central y quedó quieta contemplando las esculturas de la parte izquierda, en especial la que tanto le había llamado la atención.

Sus ojos permanecieron fijos un largo rato, mirando aquel rostro tallado en mármol.

Robert, junto a ella, musitó:

— Da sensación de vida, ¿verdad?

— Cierto, una sensación de vida extraordinaria. Yo diría que es asombroso.

— Y, sin embargo, la escultura no tiene nada de especial. Se podría decir que es como tantas otras. ¿No debe influir la música que en este momento está interpretando el coro? Es una de esas melodías que sugestionan. Uno acaba por no saber si aún sigue en este mundo o ha sido transportado ya a las regiones del Más Allá.

Margaret apretó un momento los labios.

— Sí, debe ser eso.

— ¿Le infunde alguna clase de miedo esa escultura?

— ¿Por qué lo pregunta? — retrucó Margaret, volviéndose con

excesiva rapidez.

Con aquello adivinó Robert que, efectivamente, había acertado; que la muchacha tenía una especie de miedo, pero no estaba dispuesta a confesarlo porque se daba cuenta de que era un miedo ridículo.

—Es que a mí también me ha impresionado —dijo con suavidad.

—Da la sensación de que uno puede encontrar esta persona en cualquier sitio, ¿verdad?

—Cierto.

Salieron de la catedral, después de un breve paseo por su interior, y Robert se dio cuenta de que los ojos de la muchacha, antes de trasponer el umbral, iban por última vez hacia la estatua.

Ya en la calle, suspiraron los dos a un tiempo. Había dejado de oírse la melodía. Todo volvía a ser real, tangible, como la vida de todos los días. De pronto Margaret lanzó una carcajada.

—Ha sido ridículo —dijo.

— ¿El qué?

—He tenido la sensación de que me encontraría a aquel hombre en cualquier momento. De que me encontraría con la estatua, pero viva.

—Esos pensamientos son absurdos.

—Ya lo sé. Por eso me he reído.

—Además, no debería tener miedo. El juez representado en esa estatua debió ser una persona altamente respetable.

—No lo he puesto en duda.

Caminaron un trecho, pasando ante la reflexiva imagen del viejo Guinness, y por fin la muchacha, declaró:

—Me ha ocurrido siempre que he entrado a visitar una iglesia protestante. Al haber allí tumbas y rostros tallados en piedra de hombres que ya murieron, una tiene la rara sensación de que palpitan todavía. La impresión de lo sobrenatural, es, a veces, alucinante. Los vivos se mezclan a los muertos de una manera sobrecogedora, que no se puede olvidar.

—Hasta que uno se acostumbra —sugirió Robert—. Cierto. No creo que los que frecuentan la catedral cada día festivo se fijen en esas cosas.

Siguieron caminando durante unos instantes, y Robert se fijó con más atención en la muchacha, como ya había hecho otras veces,

desde que se encontraron a bordo del buque danés «Christian», en el puerto de Bergen.

La muchacha tenía muchas cosas que ver. Y también muchas cosas que recordar durante las noches de insomnio.

Debía contar unos veinticuatro años. No era una chiquilla, pero para un hombre experimentado estaba en su mejor edad. Era alta, bien formada, espléndidamente torneada, quizá excesivamente bonita aquí y quizá, excesivamente llenita allá, pero era en resumen una mujer que hacía volver la cabeza a los hombres incluso en los impasibles países nórdicos, y que hubiera hecho lanzar alaridos de entusiasmo al tumultuoso, género masculino de los países mediterráneos.

Vestía sencillamente.

Falda ajustada, niky blanco y ceñido a sus formas, zapatos también blancos y con alto tacón, medias finas, un delicioso pañuelito anudado al cuello.

Una escultura.

Robert entrecerró los ojos. ¿Por qué tenía que pensar en esculturas? ¿Por qué algo tenía que recordarle la catedral? ¿Por qué tenían que encontrar eco en él los temores sin sentido de la muchacha?

Robert se dio cuenta de que Margaret también le había estado contemplando, que también había sabido calibrar su metro ochenta de estatura, su musculatura larga y elástica, su tipo de hombre habituado al deporte y a la lucha.

Formaban lo que la gente dice «una buena pareja», y parecían destinados uno para el otro. Sin embargo solo se habían conocido dos días antes, en Bergen, cuando el «Christian» se hizo a la mar.

Ella le había dicho que era estudiante preparando su doctorado. Había aprobado poco antes el último curso en la Facultad de Ciencias de Upsala, en Suecia, y ahora deseaba preparar una especialización consultando determinados volúmenes de la inmensa biblioteca del Trinity College.

Robert le había dicho que era un atleta norteamericano tomándose unas breves vacaciones antes de la intensa y aburrida preparación para los Juegos Olímpicos de Tokio.

Robert no le había dicho la verdad.

¿Y ella? ¿La había dicho ella?

Margaret alzó la mano y detuvo un taxi, que frenó suavemente junto a ambos. Luego se volvió a Robert.

—Ha llegado el momento de separarnos —musitó—. No sabe cuánto le agradezco su amabilidad al orientarme en mi visita a la ciudad.

— ¿No puedo serle útil en alguna otra cosa, Margaret?

—Sí, en una.

— ¿Cuál? Dígame lo que sea y lo haré enseguida.

—Lo que debe hacer es no perder su barco. Zarpa del puerto dentro de una hora.

Robert apretó los labios, sin poder disimular del todo su contrariedad.

Había creído causar más impresión en aquella muchacha encantadora, que ahora le trataba como a un compañero circunstancial, de una manera desapegada y lejana.

—Cierto —susurró—; zarpa dentro de una hora, y yo no lo he olvidado. Solo que me duele dejarla sola en Dublín.

—No voy a correr ningún peligro.

—Lo sé.

—Quizá, porque me vio marearme en el Canal del Norte, cuando veníamos hacia aquí, pensó que soy una chica frágil y a la que no se puede dejar un momento sola.

— ¿Cómo voy a pensar eso? De sobras se nota que está usted habituada a ir por el mundo.

Margaret sonrió, mientras le tendía la mano.

—Gracias por su impresión; es usted muy amable. Y ahora ha llegado el momento de despedirnos, Robert.

Él estrechó sin fuerzas su mano.

— ¿Sabe que no he conseguido de usted ni siquiera un beso?

— ¿Es que está acostumbrado a conseguir muchas cosas de las mujeres?

—Algunas veces sí.

—Entonces lo siento. Yo, en cambio, no estoy habituada a conceder cosas a los hombres. Ninguno de ellos puede decir aún cuál es mi color preferido para los portaligas. Y ahora despídámonos, por favor. Usted puede perder el barco, y el taxímetro de mi coche está marcando.

— ¿No me permite acompañarla hasta el sitio donde va a vivir?

—No. Hágame caso, Robert; usted es un hombre de experiencia y sabe que es mejor que nos despidamos así.

Soltó la mano que él seguía estrechando, ahora con más fuerza.

—Adiós, Margaret.

—Adiós, Robert.

Ella abrió la portezuela y subió al coche con una oscilación obsesionante de su falda.

Luego desapareció. Se esfumó de los ojos de Robert pero este supo que durante muchos años, durante toda la vida quizá, permanecería en su mente.

Solo cuando volvió la espalda le asaltó aquel extraño pensamiento. El pensamiento que ya había tenido una vez en el buque, pero muy fugazmente.

¿Dónde había visto antes a aquella mujer?

¿Por qué, al encontrarla en el «Christian», tuvo la extraña sensación de que ya la conocía?

Robert se llevó un momento la mano a los ojos, no queriendo recordar.

Porque su memoria le decía que había visto a aquella mujer en el dibujo de un libro de Historia, en el relato de algo acaecido ochenta años atrás. Pero eso era absurdo.

No quiso seguir pensándolo.

* * *

Margaret detuvo el taxi cerca de la iglesia de la Purísima Sangre, en una tranquila calle de chalets señoriales, de árboles rumorosos y de discretas ventanas tras las que parecía haberse detenido el tiempo.

La muchacha pagó la carrera y, cuando el taxi hubo desaparecido, quedó un momento detenida en la acera, mirando la casa. Ella era la única persona que estaba en la calle, respirando el vientecillo fresco que la surcaba de un lado a otro. A pesar de ser de día, a pesar del sol, la sensación de soledad y hasta de misterio resultaban casi agobiantes.

Hurgó en su bolso, buscando algo.

Al fin lo encontró. Era una llave.

Miró otra vez la casa, cerciorándose de que el número correspondía al que ella buscaba, y acercándose introdujo la llave

en la cerradura.

Abrió.

La casa era antigua; debía tener quizá más de medio siglo. Pero la sensación de esa antigüedad se notaba más dentro que fuera, porque en el exterior los parterres de flores disimulaban los años. Por el interior se veían, en cambio, los muebles solemnes, viejos y hasta un poco siniestros. Abundaban los arcones de madera tallada, las cornucopias ya ennegrecidas y las armaduras cubiertas por una perenne capa de polvo.

Sin inmutarse, sin fijarse apenas en todo aquello, la muchacha llegó hasta una habitación que había al fondo del pasillo. Puso la mano en el pomo y lo hizo girar tras un instante de vacilación.

La puerta cedió. Ante los ojos de la muchacha aparecieron los muebles solemnes, pesados, de un viejo despacho. Había allí libros, muchos libros. Y, detrás de la mesa de roble pulido estaba un hombre.

El mismo hombre cuya estatua había visto Margaret una hora antes, cuando entró en la catedral en compañía de Robert.

DOS

Jim Castle pasó de largo ante la mesa, mirando de soslayo las piernas cruzadas de la secretaria y dijo:

—Hola, estupenda.

Ella contestó muy educadamente:

—Hola, animal.

Descruzó las piernas y dejó de prestarle atención, volviendo a abismarse en su trabajo.

Jim volvió a mirar las rodillas ceñidas por prieto nylon y susurró cómo para sí mismo:

—Lástima.

Siempre decía lo mismo, aunque la verdad es que pensaba otra cosa.

Pocos metros más allá había una puerta. En la puerta un rótulo decía: «Edward Ransom. Ejecutivo Manager».

Cuentos.

Jim y muchos agentes americanos sabían —y posiblemente muchos agentes extranjeros también— que aquella oficina de Exportación e Importación era una dependencia más del C. I. A., vinculada a los asuntos del Atlántico Norte.

Una zona tranquila, desde luego. Zona donde solo había amigos o países que ansiaban vivir en paz.

¿Y ahora? ¿Qué ocurría ahora?

¿Por qué le habían llamado?

Jim dejó de mirar las rodillas de la secretaria y golpeó suavemente con los nudillos en la puerta.

Una voz ronca invitó:

—Adelante.

Jim pasó. Más allá de la puerta había un despacho grande, cuadrado, cuyas ventanas ofrecían una larga perspectiva de los muelles de Nueva York. Detrás de la mesa se encontraba un hombre gordo y sudoroso cuyo rostro, no se sabía por qué, hacía pensar en las salchichas de perro.

—Pase, Jim —gruñó.

Jim se sentó comedidamente ante su jefe, con la actitud de un

buen muchacho que espera una bronca.

—Buenos días, señor. Hace una espléndida mañana, señor.

Las facciones salchicha-de-perro se ennegrecieron un poco.

— ¿Dice que es un espléndido día? ¿Se ha vuelto loco?

—A mí me lo parece, señor. ¿No se ha dado cuenta de que el sol llega hasta la pared del fondo de este despacho?

— ¡No!

La cara-salchicha-de-perro se puso verde.

—Esta ha sido siempre una zona tranquila, señor —argumentó Jim Castle—. Nos corresponden los asuntos de Irlanda, de Islandia, de los Países Escandinavos y de Inglaterra. Pura delicia. Todos son amigos o se limitan a vivir en paz. ¿Qué ocurre ahora? ¿Por qué tiene esa cara?

Ransom gruñó:

—Va a suceder algo en Dublín.

— ¿Precisamente allí? ¡Si Irlanda es una isla muy tranquila!

— ¡Deje de hablarme de lugares tranquilos de una maldita vez, Castle! ¡Estamos aquí para trabajar!

—De acuerdo. Dígame.

Las facciones de Ransom se humanizaron un poco.

— ¿Usted recuerda a Mike Safford?

—Claro que sí. ¿Cómo no voy a recordarlo? Fuimos compañeros durante un tiempo. Hasta que...

—Hasta que creímos que había pasado a la zona oriental de Berlín, dígalos claramente.

—Sí, señor, hasta que pensamos eso.

—Pues bien, Safford nunca pasó a la zona oriental. No llegó ni tan siquiera a pisar Berlín; Todo fue un error de nuestros servicios de información, que funcionaron tan mal como de costumbre. La última pista de Mike Safford se pierde en Dublín, la capital de Irlanda del sur.

— ¿Qué investigaba Safford? Nunca me lo dijeron.

—Traía información acerca de nuestros planes para la investigación del espacio hasta 1970. Selección de personal, modelos en preparación, fechas de ensayo, industrias comprometidas en la producción y fechas de entrega... Un catálogo completo de lo que nuestro país piensa hacer en los cielos durante los próximos seis años. Completo.

— ¿Dónde había conseguido esa información? Si los planes estaban hechos aquí, ¿por qué los traía desde fuera?

—Un espía los había robado.

— ¿Y...?

—Safford era un buen perro de presa. Salió en su persecución. Nosotros lo enviamos a Berlín creyendo que era allí donde podría darle alcance, ya que suponíamos que el espía trataría de salvar el muro y llegar a la parte oriental. Pero nos equivocamos de medio a medio. El espía nada tenía que ver con los rusos, sino que en cierto modo era un competidor de estos. Se trataba de un espía chino.

Jim hizo un suave gesto de asombro. Sus ojos se empequeñecieron, mientras brillaban con interés.

— ¿Para qué les puede interesar a los chinos nuestro plan de actividades en el espacio?

—China aspira a ser una primera potencia mundial hacia 1970. Y lo será, sin duda alguna. Sus planes a cinco o diez años vista son de una ambición que dejaría asombrados a muchos de nuestros políticos. No tiene nada de especial que tengan interés en conocer nuestros planes, en parte para desbaratarlos y parte para imitar nuestros métodos.

—Comprendo. Siga, por favor.

—Ya le he dicho que Safford era un buen perro de presa. Se dio cuenta de que estábamos equivocados y de que le habíamos orientado con pistas falsas. El tipo a quien perseguía no trataba de pasar al Berlín-Este, sino que estaba en Irlanda, buscando ir a Copenhague para desde allí tomar el avión a Tokio, por la ruta del Polo. Daba prácticamente la vuelta al mundo, pero llegaría a su destino por caminos que nadie imaginaba. Safford se plantó en Dublín y, por lo visto, logró dar alcance a su enemigo.

— ¿No comunicó nada a sus jefes?

—No pudo ver al enlace, que se presentó a la cita concertada con un retraso de una hora que resultó fatal. Creímos entonces que Mike Safford nos había dado esquinazo y pasado al Berlín-Este, para trabajar a sueldo de los orientales. Pero lo último que sabemos nos demuestra que no. Que Mike cumplió con su deber hasta el fin, y que en Dublín tuvo el primer y último duelo con su enemigo. Un duelo a muerte.

— ¿Quiere decir que... Safford ha muerto?

—Sí.

— ¿Dónde está su cadáver?

—No ha sido hallado aún. Pero sí sabemos que Safford y el espía chino murieron. En una callejuela junto al puerto se eliminaron mutuamente a cuchilladas. Como no llevaban documentos, la policía los tomó por dos maleantes extranjeros, e hizo los trámites normales para lograr su identificación. Al no conseguirlo, ambos fueron enterrados en la fosa común. Extraña ironía del Destino: Supongo que reposarán juntos por toda la eternidad.

— ¿Pero no ha podido ser rescatado el cadáver de Mike?

—Estará ya irreconocible. Nadie puede identificarlo.

Jim apretó los labios.

Sabía de sobras que ese podía ser su destino, que como última paga podían regalarle una tumba ignorada en cualquier lugar del mundo, pero hasta ahora tal certidumbre había sido como una cosa inconcreta y lejana.

En este momento, sin embargo, se daba cuenta de que tal posibilidad se había realizado ya en uno de sus amigos: Mike estaba mezclado con la carroña de otros centenares de cuerpos en la fosa común de Dublín. Nadie rezaría por él, nadie conocería su nombre. Ni sus propios hijos podrían un día rescatar su cuerpo.

Nadie...

— ¿Dónde fueron a parar los secretos que estaban en poder del espía chino? —susurró al cabo de unos instantes—. ¿Fueron destruidos?

—Yo estaría muy tranquilo si hubiera resultado así.

— ¿Qué quiere decir?

—Que aún pueden caer en manos de algún agente enemigo.

— ¿Dónde están?

—En la biblioteca del Trinity College.

— ¿Por qué no vamos a buscarlos?

Brandon lanzó una ronca carcajada.

—Le supongo enterado de que la biblioteca del Trinity College es una de las mayores del mundo, amigo Castle. Un microfilm oculto entre las páginas de un libro que no sabemos cuál es, tiene las máximas posibilidades de permanecer ignorado hasta el fin de los siglos.

—Por lo menos será uno de esos libros que jamás consulta nadie

—arguyó Jim—. Supongo que el espía no lo habría ocultado en un volumen de uso frecuente. Eso limita mucho el campo donde hemos de buscar.

—Amigo mío, en esa biblioteca hay centenares de miles de libros, con un montón de páginas cada uno, que jamás ha leído ni leerá nadie.

—¿Conocía Mike de qué libro se trataba?

—Si lo conocía, se llevó la información a la tumba.

Jim Castle encendió un cigarrillo suavemente, sin dejar de mirar al hombre a quien tenía al otro lado de la mesa.

—¿Cuál es su plan, señor? —preguntó.

—Esos documentos aún podrían caer en manos de una potencia supuestamente enemiga.

—¿Se refiere concretamente a los chinos?

—Sí.

—¿Qué es lo que sabe en realidad? ¿Por qué me ha llamado?

—Los chinos ya han enviado a un agente para que tratase de hallar en Dublín esos documentos.

—Será fácil distinguirlo. No creo que en Irlanda del Sur abunden mucho los chinos.

—Ese no lo parece.

—¿No?

Brandon entrecerró los ojos mientras decía:

—Se trata de una mujer. Una mujer muy bonita.

—¿Pero es china?

—Sí, desde luego...

—Entonces, ¿por qué no se ha de notar su raza?

—Sus padres eran blancos. Solo sus antepasados eran chinos, y ella no ha heredado ninguno de los rasgos faciales de la raza amarilla. Puede que, fijándose bien, se note algo extraño, algo exótico en ella, pero nunca a primera vista. Eso hará su trabajo doblemente difícil, amigo Castle.

—¿Mi trabajo?

—Usted va a salir para Dublín inmediatamente. Dentro de dos horas despegará precisamente un avión que hace la línea Nueva York-Dublín-Madrid. Tómelo y sitúese allí. Por todo equipaje llevará un par de mudas, un cepillo de dientes, su revólver reglamentario y una cajita de munición. Cuando encuentre a esa mujer trate de

detenerla. Si ello no le es posible... mátela.

Hizo un gesto suave y extrajo del cajón central de su mesa una fotografía que alargó hacia Jim. Era la foto de una mujer.

La foto de una mujer como para caerse muerto.

Jim contuvo la respiración y solo se atrevió a preguntar:

— ¿Cómo se llama?

—Margaret.

—Hermoso nombre y... hermoso todo lo demás.

—No se deje impresionar por ella, Jim. Es peligrosa como una víbora.

—Tomo nota de la advertencia. ¿Dónde podré encontrarla?

—Robert Ely, uno de nuestros mejores agentes, la ha estado siguiendo desde Bergen. Cuando llegue a Dublín póngase en contacto con él en el «Hotel Burley»; le estará esperando.

Jim Castle asintió silenciosamente.

TRES

El hotel «Burley» se encuentra situado cerca de O'Connell Bridge, en el centro comercial y cultural de la dulce capital irlandesa. Es un edificio de solo tres pisos, como la mayoría de los circundantes, y sus ventanas pequeñas y pintadas de verde ofrecen al visitante una grata sensación de paz.

Jim Castle, que viajaba con pasaporte americano, pero en el cual constaba como profesión la de tratante en ganado, pidió una habitación con vistas sobre el río.

—Podemos proporcionársela enseguida, señor. Precisamente el hotel no está muy lleno en esta época del año.

La habitación era sencilla y tenía una ventana con visillos, por la que entraba la suave luz del atardecer. Jim Castle sintió de una manera instintiva que se encontraría bien allí, que el ambiente le gustaba, y hasta pensó en lo hermoso que sería contemplar desde la ventana el río, mientras fumaba una buena pipa. Pero al fin desechó aquellos pensamientos porque le parecieron dignos de un viejo.

El hotelero le preguntó:

— ¿Ha venido a la feria de ganado?

Jim Castle se había informado ya de que todos los miércoles se celebra una feria de ganado vacuno en las afueras de Dublín, en un recinto, donde todo está medido, comprobado, calculado y limpio. Y aunque Jim Castle no tenía aspecto de tratante en vacas, sino más bien de luchador de *catch*, dijo que sí, que había venido por un asunto de cuernos, en el buen sentido de la palabra.

Luego el hotelero se dispuso a dejarle solo.

Cuando ya iba a atravesar el umbral, Jim preguntó:

—Oiga, quizá se haya alojado en este hotel un amigo mío. Fue él quien me lo recomendó.

— ¿Un amigo? ¿Cómo se llama, señor?

—Robert Ely. Es joven, fuerte. Un tipo más o menos parecido a mí.

— ¿Parecido a usted? No creo, señor.

— ¿Le conoce?

—Es que no creo que se refiera a la persona que yo pienso.

Y el hotelero cerró silenciosamente la puerta, sin añadir ni una maldita palabra más.

Jim Castle había oído hablar del carácter algo socarrón de los irlandeses, y sabía que a veces les gusta jugar a las adivinanzas. Pero maldita la gracia que le hacía perder el tiempo ahora con tonterías de esa clase. De modo que se dispuso a abrir nuevamente la puerta.

Pero de pronto se detuvo.

No le convenía llamar la atención. No le convenía dar a entender que necesitaba ponerse en contacto con Robert fuese como fuese,

De modo que deshizo su maleta, empleando en ello largo tiempo, encendió un cigarrillo y se dispuso a esperar mientras miraba desde la ventana el manso fluir del río. Las filas de autobuses verdes se perdían en la distancia yendo y viniendo continuamente desde aquella zona del centro. Los empleados que salían del trabajo llenaban la calle.

Jim se fijó en las irlandesas, claro. Y se dijo que, aunque rollizas en su mayor parte, valían la pena más de lo que había imaginado.

Cuando se cansó de esperar, y extrañado ya de que Robert no se hubiera puesto en contacto con él, salió a la calle y dio un largo paseo. Tras comprar unos cigarrillos y un par de periódicos y beber unas cuantas cervezas, regresó al hotel.

El dueño estaba tras el mostrador del Registro, leyendo uno de los periódicos como los que había comprado Jim.

—Mala suerte tiene usted —le dijo—. La feria de ganado amenaza no estar muy concurrida esta semana.

—Mejor. Así compraré con más tranquilidad.

—Es que habrá poca cosa para escoger.

—Me asesorará mi amigo. Por cierto, ¿ha vuelto ya?

— ¿Se refiere a Robert Ely?

— ¡Claro que me refiero a él!

—Entonces no hay duda de que es el mismo.

A Jim ya empezaban a fastidiarle tantas reticencias. Gruñó:

—Uno parecido a mí. También es alto, bastante fuerte...

—Lo era.

Jim palideció bruscamente. Apretó los labios hasta hacerse daño.

— ¿Es que... ha muerto? —balbució.

—No. No ha muerto aún, señor Castle. Pero ya no se parece a

usted. Ahora es como un viejo, y sus cabellos, que antes eran negros, quedaron blancos en una sola noche.

CUATRO

Jim Castle arqueó los labios. Sus ojos se hicieron pequeños, fríos y duros como dos pedazos, de metal.

Pero su voz fue indiferente cuando dijo:

—No complique las cosas. Mi amigo Robert Ely es un tipo sencillo, al que no gustan los líos. No me hará creer que se metió en un fregado y a causa de ello se le volvió el pelo blanco.

Pero a pesar de hablar con tanto aplomo, Jim Castle sentía que había penetrado una cosa fría en su columna vertebral, una cosa que subía y bajaba.

El hotelero musitó:

—Yo solo digo lo que he visto.

— ¿Qué vio usted?

—Su amigo se alojaba aquí. Era un buen muchacho, un tipo campechano y alegre, aunque muy educado. No me explicó a qué se dedicaba concretamente. Cierta noche estuvo en la sala de espera bebiendo unas copas con una chica preciosa, una de esas chicas que hacen que un conductor de autobús vea verdes las luces rojas. Luego se fueron juntos a un espectáculo.

— ¿Y qué?

—Al amanecer, su amigo volvió. Yo lo vi perfectamente porque el empleado de noche estaba enfermo y había tenido que sustituirle. Sus cabellos se habían vuelto completamente blancos.

Jim tragó saliva lentamente, y al hacerlo sintió como una náusea.

— ¿Qué aspecto tenía?

—Ya le he hablado de sus cabellos blancos...

—Me refiero a los otros detalles, a su aspecto general. ¿Cómo iba vestido? ¿Daba la sensación de haberse peleado con alguien?

—No. Vestía irreprochablemente.

— ¿Sudaba? ¿Había venido aprisa?

—No. Más bien daba la sensación de estar un poco ausente. Se movía como un autómata.

— ¿Qué le dijo?

—No recuerdo que me dijera nada. Pasó por delante de mí como si no me viera; hizo un saludo muy extraño y subió a su habitación.

— ¿Sabría explicarme qué hizo luego? Compréndalo, tengo interés por él. Robert y yo siempre fuimos excelentes amigos:

—Estuvo apenas cinco minutos arriba. Debía buscar algo, pero no sé si lo encontró; lo único que noté fue que al bajar llevaba una gabardina bajo el brazo. Me miró de una forma muy lejana, como si solo me viese en sombras, y salió del hotel. Desde entonces no he vuelto a verle.

— ¿No ha vuelto a verle y no se ha molestado en llamar a la policía?

—Compréndalo, hace solo dos días de eso. No tengo todavía razones para denunciar su desaparición. Hasta que usted vino, me imaginé que sería más discreto callar porque a lo mejor tenía un lío con la chica.

Y el irlandés puso los ojos en blanco, unos ojos por los cuales debieron pasar diez imágenes prohibidas en menos de diez segundos.

Castle gruñó:

— ¿Le dejó algo a deber mi amigo?

—Nada. Había pagado una semana de alojamiento por anticipado y no llegó a cubrirla.

— ¿Por qué no me explicó todo eso cuando yo le pregunté por él?

—Perdone, pero era un asunto que no me gustaba... Me inquieta que un hombre joven y fuerte pueda volverse como un fantasma en una sola noche, y que sus cabellos negros se transformen en blancos como la nieve. En cierto modo, había decidido olvidarme de eso.

Jim Castle comprendió que ahora ya resultaba inútil disimular. Aunque el hotelero sospechase que Robert y él eran algo más que amigos, eso ya no importaba. Robert corría un peligro grave o lo había corrido ya, y lo único interesante era dar con él. Dar con él y ayudarle.

Masculló:

—Gracias.

— ¿Debo decirle algo a su amigo si vuelve?

—Dígale que no se mueva de la habitación. ¡Que no se mueva bajo ningún concepto!

Salió a la calle como un alucinado. Nunca, en su larga vida de agente secreto le había ocurrido nada semejante.

El trabajo de un agente secreto tiene mucho de aventurero y hasta de mortal, pero siempre obedece a un plan preconcebido. En ese sentido tiene incluso algo de rutinario. Los enlaces se realizan escrupulosamente, los mensajes son transmitidos letra a letra y con una exactitud de segundos. Si alguien tiene que señalar o «marcar» al enemigo, hay que contar con que ese alguien estará en su puesto. Si a uno le designan un compañero en una ciudad, puede contar con que se encontrará con toda seguridad al compañero, o al menos su cadáver.

Jim Castle se encontraba, en cambio, con que su enlace había desaparecido. No solo eso, sino que antes de desaparecer parecía haberse convertido en una sombra de sí mismo, en una especie de fantasma. Y lo peor era que no tenía ninguna pista para hallarle.

Dublín, además, no es una ciudad pequeña.

Tiene un reducido centro comercial, formado por la calle O'Connell y laterales, pero su casco urbano es muy extenso. Las calles de casas bajas, parecidas a las de Londres, se extienden por una considerable área.

Jim no podía vagabundear por esas calles, en espera de que la casualidad le permitiese hallar a su amigo. No podía tampoco seguir la pista a una muchacha bonita, aunque hubiera visto su foto. La única referencia que tenía, aunque muy vaga, era la biblioteca del Trinity College.

El agente secreto no era hombre que dudara, y puesto que no tenía otro camino, decidió seguir por él inmediatamente.

La biblioteca del Trinity es uno de tantos pabellones en un enorme conjunto universitario, formado de piedras grises y ladrillos oscurecidos por el tiempo. No se puede concebir nada tan mortuorio como la inmensa biblioteca donde se alinean centenares de miles de volúmenes, muchos de los cuales tienen la pátina de centenares de años. Los bustos en blanco de hombres ilustres que se encuentran a ambos lados, le dan un aspecto de panteón, que de día entristece, pero que de noche hace estremecer.

Naturalmente, a aquella hora la biblioteca estaba cerrada. Se podía entrar en el edificio, pero la puerta principal, situada en el primer piso, parecía hermética como la de una caja fuerte.

Jim confió en que no hubiera ningún vigilante allí, aunque lo más probable era que existiese alguno, porque sabía que en la

biblioteca se custodiaban valiosísimos incunables y manuscritos que hubieran hecho rodar los ojos de un coleccionista.

Probó con las ganzúas que siempre llevaba consigo, como una parte más del equipo de trabajo.

Tras varios minutos de esfuerzo, la puerta cedió.

Ante Jim Castle se extendió la inmensa nave principal, parecida a la de una catedral, en cuyo centro se alindaban las vitrinas con los ejemplares manuscritos y los incunables, mientras lateralmente, y en una especie de inmensos nichos, los miles y miles de volúmenes de valor normal reposaban en una especie de sueño eterno. Había otras secciones en la biblioteca, pero Jim dedujo que lo que buscaba se encontraría allí, en la nave central.

¿Pero en qué sitio de la misma?

Sus ojos se enturbiaron.

Nunca había tenido que seguir una pista en un sitio como aquel. Mirar hoja por hoja de todos los libros, en busca de un microfilm, ocuparía a un hombre centenares de años.

Y él no tenía ni siquiera centenares de minutos. Debía encontrar cuanto antes a su compañero Robert y a la hermosa espía china. ¿O quizá ya no los encontraría más? ¿Quizá Robert estaba también en la fosa común de uno de los cementerios de Dublín, como lo estaba Mike?

Pensando en esto, cerró silenciosamente la puerta.

El eco de sus pasos resonaba sordamente en la inmensa biblioteca. Solo unas luces lejanas alumbraban los volúmenes y los bustos de hombres ilustres situados a ambos lados del pasillo, parecidos a habitantes de un cementerio de primera clase.

Jim miró a ambos lados buscando un indicio, algo que le llevase hasta su compañero Robert Ely, el hombre a quien en una noche se le habían vuelto los cabellos blancos.

De pronto, creyó oír unos pasos a su espalda.

Pensó que era uno de los guardianes, y se dijo a sí mismo que no debía atacarle. Procuraría huir, pero sin complicar las cosas ni originar un conflicto diplomático.

Se volvió lentamente, y entonces distinguió la silueta de una mujer.

Era una silueta borrosa, casi confusa, pero no podía caber la menor duda acerca de su sexo.

No era un guardián. Jim se arrojó a tierra al tiempo que la primera detonación, ahogada por el silenciador, sonaba como mi taponazo en la inmensa nave de la biblioteca.

La bala silbó junto a sus cabellos. Jim quedó quieto bajo una de las mesas, mientras intentaba escrutar a través de la penumbra.

La silueta había desaparecido. Indiscutiblemente conocía la biblioteca mejor que él y tenía todas las ventajas.

Jim, además, no quería tirar a matar, porque le interesaba cazar a aquella mujer viva.

Y, por si fuera poco, su revólver no estaba provisto de silenciador. Podía arriesgarse a cualquier cosa menos a provocar una alarma en todo el Trinity College.

Mascullando imprecaciones a causa de su propia impotencia, Jim empezó a arrastrarse en dirección al lugar de donde había surgido el disparo. Llevaba el revólver en la derecha, pero solo para defender su vida en último extremo.

Bruscamente se arrodilló junto a unos viejos volúmenes que olían a humedad y a polvo.

La penumbra le envolvía, pero estaba seguro de que allí no había nadie. El silencio, además, era total y espantoso.

Bruscamente oyó a su izquierda lo que apenas era un susurro. Se dejó caer a tierra instantáneamente, mientras volvía la cabeza.

Aquella especie de sexto sentido, adquirido durante años a través de entrenamientos durísimos, le salvó la vida por segunda vez. La bala fue a empotrarse en la madera, muy cerca de donde había estado su cabeza segundos antes.

Nuevamente vio la silueta, pero ahora situada en distinto lugar. Resultaba asombroso que pudiera desplazarse con aquel silencio, con aquella rapidez felina. Y a Jim no le extrañó que se hubieran vuelto blancos los cabellos de su amigo Robert, si había tenido que esquivar una persecución como esta en que él se veía envuelto.

Jugándoselo todo a una carta, saltó.

Sabía que sería casi imposible alcanzar a su enemiga, pero al menos quería verle el rostro. Además, era muy posible que ella perdiera la serenidad al ver que el atacado había pasado a ser atacante.

Pero su misteriosa enemiga se había dado cuenta ya de que Jim no podía disparar por miedo a revelar su presencia. Apuntó

fríamente y tiró desde una distancia de treinta metros.

La penumbra le impidió hacer blanco en el centro de la cabeza; como seguramente quería. Jim sintió que la bala se le empotraba en la carne, entre el cuello y el hombro, y tuvo que apretar los dientes rabiosamente para no lanzar un aullido. A pesar de que el pequeño calibre de la bala —una «7,65»— la hacía poco peligrosa, el dolor fue tan insufrible que le fallaron las rodillas y estuvo a punto de caer a tierra.

Mientras tanto, la silueta femenina se deslizó ágilmente, perdiéndose entre la inmensa procesión de sombras que llenaban la biblioteca. Jim Castle llegó a oír su taconeo, pero nada más.

El silencio le envolvió.

Le era imposible decir por dónde había salido su enemiga, ya que él no conocía la biblioteca. De lo que sí estaba seguro era que no había muerto por verdadero milagro.

Aquella iba a ser una lucha sin cuartel, sin piedad y sin ley, una auténtica lucha de fieras en la jungla de la ciudad.

Miró su hombro y vio que había empezado a brotar una buena cantidad de sangre. Minutos más tarde el líquido rojo habría empapado todo su traje, y él sería como una gran bandera llamando a la policía. No podría ir a ningún sitio sin despertar la atención de la gente.

Caminó hacia la salida rápidamente, pero aquellos movimientos aceleraron la hemorragia.

Pronto se dio cuenta de que la herida podía ser grave si la descuidaba. Estaba perdiendo demasiada sangre.

Abrió la puerta y la cerró con cuidado, procurando no causar el menor ruido, luego descendió las escaleras, y tuvo que apoyarse en la baranda porque las rodillas se le doblaban.

«Me ha pillado en un mal momento», pensó.

No quiso reconocer que estaba perdiendo mucha sangre y que la debilidad iría aumentando por momentos. Caso de permanecer quieto podría resistir más tiempo, pero moviéndose como se movía, los minutos corrían en contra suyo. Necesitaba salir cuanto antes, de allí e ir a algún sitio donde le atendieran, quizá la Embajada americana, que ocupa un maravilloso edificio circular en el extrarradio de Dublín.

Notó que iba dejando una larga mancha de sangre. Su

nerviosismo aumentó. Hizo más rápidos sus pasos, mientras por debajo de la americana se taponaba con un pañuelo la herida.

Al llegar a la enorme plaza central de los edificios del Trinity College, las rodillas volvieron a fallarle. El dolor era intensísimo, pero no era eso lo que le preocupaba, sino la debilidad.

Salió a la calle. Fue entonces cuando las rodillas le fallaron por tercera vez, y cayó repentinamente de bruces al suelo.

Algo pareció estallar entonces en su cráneo, como si este se rompiera en mil pedazos.

CINCO

Sin embargo, a pesar de todo aquello, Jim Castle recobró el conocimiento apenas un segundo más tarde. Para hablar con precisión, la verdad es que no llegó a perderlo.

Era un toro entrenado para la lucha, y a pesar del vivísimo dolor, de la debilidad y del golpe, no llegó a declararse vencido del todo.

Se irguió haciendo un terrible esfuerzo, y vio entontes que la portezuela de un coche se abría a un palmo de su rostro.

Era la portezuela de un «Morris», pero no fue eso lo que llamó su atención, sino las piernas de la mujer que descendía.

Una mujer de auténtico campeonato.

Unas piernas que, si llegan a anunciar medias en la TV, hubieran hecho que más de una honrada señora encontrase a su honrado marido dentro del televisor, diciendo que estaba reparando una avería.

Zapatos finos, falda suave y voladora, rodillas de mil demonios y, por encima de todo esto, un ahogado grito de angustia.

— ¡Le he dado con el parachoques! ¡No sé cómo no lo he matado!

Jim se dio cuenta vagamente de que la mujer iba con un niño. Lamentó en su interior que un pequeño tuviera que ser testigo de un espectáculo semejante, e intentó ocultar la sangre que empapaba su traje. Pero era inútil.

Para tranquilizar a la mujer, pudo balbucir:

—No se preocupe, tengo la cabeza dura. Más bien debiera lamentarse por su parachoques.

—Pero esa sangre...

—No me la ha causado usted.

Era de noche, y el tránsito en aquel lugar resultaba nulo en aquel momento, pero cualquiera podía detenerse allí de un instante a otro. Por consiguiente, Jim se dijo que había que tomar una decisión.

— ¿Puede llevarme a algún sitio? —susurró.

—Naturalmente que sí. ¿A dónde?

Jim reflexionó velozmente. No podía ir a la Embajada

norteamericana porque significaría revelar demasiadas cosas a la desconocida, y tampoco podía decir que le llevase a un hospital, porque en tal caso habría que dar, inevitablemente, parte a la policía.

Vaciló unos momentos.

—Si está en un apuro, puedo llevarle a mi casa —dijo la mujer—. Soy enfermera.

—Pero el niño...

—No creo que sea para él un mal ejemplo el verme ayudar a un herido.

Jim movió lentamente la cabeza. La verdad era que no esperaba tener tanta suerte.

—Gracias, señora. Es usted muy comprensiva.

—Me llamo señora Scott. Suba.

Jim pasó a la parte posterior del coche. El niño le miraba con los ojos muy abiertos, pero no decía una palabra. Era un precioso muchachuelo rubio que debía contar unos siete años de edad.

—Siento ensuciarle la tapicería del coche...

—No piense en ello. Es lo menos que puedo hacer por usted, después de haber estado a punto de matarle.

Jim Castle no respondió. Se sentía débil, y además, en aquella ocasión sobraban todas las palabras. Incluso le era muy conveniente que ella no notara su fuerte acento americano.

Mientras rodaban a buena velocidad por las calles poco frecuentadas, Jim se fijó en la mujer con los ojos entrecerrados. Era una mujer bonita, muy bonita, y no solamente por sus piernas. Tenía un perfil clásico casi perfecto, la tez fina, los cabellos color caoba claro. El pequeño debía ser su hijo, aunque no se parecía a ella. Sin duda, se parecería a su padre, un tal señor Scott, al cual se preguntó Jim qué explicaciones iba a dar cuando se lo encontrara en casa.

Llegaron a esta en unos pocos minutos. Era una torrecita similar a otras muchas, con dos plantas, garaje y unos hermosos visillos blancos en las ventanas. Todo el pequeño edificio daba sensación de armonía y paz. Las luces estaban apagadas, por lo que Jim dedujo que nadie esperaba a la mujer.

— ¿No se va a ofender su marido por esto? —preguntó, tanteando el terreno.

—Mi marido está de viaje. No va a volver hasta la semana próxima.

—Comprendo.

—¿Quiere que le ayude para bajar?

El coche se había detenido.

—No es necesario, gracias; puedo valerme por mí mismo.

Ella dejó el «Morris» ante la puerta del garaje, sin entrarlo, y luego abrió la puerta de la casa. Esta se encontraba bien amueblada y con detalles de gusto moderno. Jim evitó pisar las alfombras para no dejar sobre estas un reguero de sangre.

Cuando pasaron a un gran comedor-sala, la señora Scott ordenó al niño:

—James, ve a acostarte.

—Muy bien. Buenas noches.

El pequeño dirigió a Jim una tímida sonrisa y entró por una puerta lateral, que debía ser la de su dormitorio.

La mujer miró a Jim.

Ella se había despojado del ligero abrigo que antes cubría sus hombros y ahora su hermosura brillaba restallante, provocativa, más seductora que nunca. Sin embargo, resultaba evidente que no intentaba provocar a Jim. Más bien parecía algo apurada, igual que si no supiese cómo resolver aquella situación.

—Quítese la americana —dijo al fin—. Tiéndase en ese diván, por favor.

—Lo voy a poner perdido de sangre.

—Traeré un plástico. Espere.

—Lo digo por su marido. Tendrá que darle muchas explicaciones si encuentra los muebles convertidos en el mostrador de una carnicería.

—Sentiría tener que hacerlo. Él siempre dice que conduzco muy mal el coche.

Había puesto un gran plástico extendido sobre el diván, de modo que Jim pudo sentarse en él sin peligro de mancharlo. La mujer cortó hábilmente con unas tijeras toda la hombrera de la camisa y examinó la herida. El aspecto de esta no pareció preocuparla demasiado.

—Afortunadamente, la bala tiene orificio de salida. Lo único que hay que hacer es evitar la infección y cortar la hemorragia.

Limpió cuidadosamente los bordes de la herida, operación durante la cual Jim Castle empezó a sudar de angustia, aunque sin lanzar un grito, y luego contuvo la hemorragia con más compresas. Al fin, vendó el hombro herido cuidadosamente.

—Ha sido usted muy valeroso —susurró—. Creo que le he hecho sufrir demasiado por mi falta de experiencia.

—No, no... Tiene usted unas manos maravillosas.

Ella se puso en pie. Fue a un mueble bar y extrajo una botella de whisky, de la que vertió en un vaso un generoso chorro.

—Beba.

— ¿No me pregunta usted en qué jaleo me he metido? ¿No le interesa saber por qué me han herido de un balazo?

—De nada me serviría obligarle a mentir, porque supongo que usted no ha pensado ni por un momento decirme la verdad. Puestos a ignorarlo todo, ni siquiera sé su nombre.

—Me llamo Jim Castle.

— ¿Americano?

— ¿Por qué negarlo?

—Hacía mucho tiempo que los americanos no tenían líos en Irlanda. Se nos considera países amigos.

—Y lo somos. Lo mío es un tarugo puramente particular.

Jim bebió un largo trago. Casi instantáneamente se sintió mejor, porque notó como si el whisky corriera igual que sangre nueva por sus venas. La mujer se sentó junto a él y cruzó ambas piernas, mientras se ponía un cigarrillo en los labios. Pero no hizo ademán de encenderlo.

—Creo que debo marcharme —susurró Jim—. Puedo dañarla en su reputación.

—Los vecinos son poco curiosos, y además el niño está aquí. Nadie supondrá que voy a traerme un amigo a casa estando en ella el pequeño. Por otra parte, usted necesita descansar, ¿no se da cuenta?

—Es que...

—Vamos, no sea tonto. No pensará que voy a llamar a la policía.

—Ni yo tampoco voy a meterla en un lío por lo del atropello. Me ha ayudado mucho.

—Resulta increíblemente dura su cabeza, Jim. Con ese golpe, otro hombre cualquiera se hubiese ido al Valle de Josefat.

—No he ido porque me gusta viajar poco.

Ella rio suavemente. Tenía los dientes sanos, regulares y firmes. Sus labios entreabiertos eran una tentación. Estaba tan cerca de Jim que este sentía cómo el aliento le quemaba en la boca.

—Veo que ya empieza a bromear un poco —susurró ella—, señal clara de que ya se encuentra mejor —y, bruscamente, añadió—: ¿Qué le ha parecido mi hijo?

—Un hermoso muchacho. Tiene planta de futuro campeón.

—Me siento orgullosa de él.

Y mientras decía esto, la mujer volvió ligeramente la cabeza hacia una mesita contigua al diván, donde se hallaba el retrato de un hombre enmarcado en piel. Era el rostro de un tipo de unos sesenta años, con facciones fuertemente sensuales, ojos pequeños y sonrisa contagiosa, pero demasiado comercial. El tipo resultó a Jim vagamente familiar desde el primer momento, aunque no supo por qué.

También le resultó antipático, al adivinar que, sin duda, era el marido de la belleza que tenía sentada junto a él. Y se dio cuenta de que ella había empezado hablando del niño para así poder derivar la conversación hacia el marido. Se dio cuenta de que ahora ella le iba a preguntar: «¿Qué le parece?»

— ¿Qué le parece? —preguntó efectivamente ella, apenas unos segundos después.

— ¿Es su marido?

—Sí.

—Me parece detestable.

—Algo viejo, ¿verdad?

—Tratándose del hombre que tiene derechos sobre ti y que puede apartar de tu camino a los demás, me parecería detestable aunque fuera el propio Marlon Brando —susurró él.

—Solo tiene una virtud.

— ¿Cuál?

Ella dijo en un susurro:

—Viaja mucho...

Jim Castle se estremeció. Sentía sus venas arder, pero no era esta vez a causa del whisky.

— ¿Por qué te casaste con él? ¿Tenía el fulano las narices untadas en oro?

—Algo así.

— ¿Y el chico? Parece que ese del retrato ya no tiene edad para obtener reproducciones tan perfectas.

—El chico, afortunadamente, salió a mi familia.

—No se parece a ti.

—Tiene una gran semejanza con mi padre, que había sido un auténtico atleta.

—No creo que de ahora en adelante tengáis muchos más hijos, ¿verdad?

Ella musitó:

—Si no me ayuda alguien...

Sus labios estaban tan juntos que no hacía falta moverse apenas para que se encontraran. Es decir, sí, hacía falta moverse un poco. Y se movió un poco Jim. Y otro poco ella. Y se produjo el estallido de Hiroshima.

La mujer sabía besar, y Jim Castle estaba como preso en una especie de delirio. No se dio cuenta de que tenía el hombro hecho cisco. No se dio cuenta tampoco de que su herida volvía a sangrar. Solo se dio cuenta de que el retrato enmarcado en piel le estaba mirando, y lo envió de un puntapié al otro lado de la pieza.

SEIS

Estaba anocheciendo cuando Jim Castle despertó. Hizo una mueca extraña al ver la claridad cárdena que entraba por las ventanas, y luego miró su reloj automático.

Las cinco y media. Sin duda las cinco y media de la tarde, puesto que de la madrugada no podía ser.

Miró en torno suyo, incorporándose.

—La cabeza le daba vueltas.

Notó que la herida estaba bien vendada, lo cual parecía indicar que la señora Scott le había hecho al menos una cura mientras él estaba durmiendo. Y su sueño debió haber sido de gorila, para no despertarse mientras le hurgaban en carne viva.

O quizá no había sido eso. Quizá todo se debía a su creciente y espantosa debilidad.

Logró ponerse en pie y sintió que todo daba vueltas en torno suyo, pero poco a poco se rehízo. Un buen trago de whisky contribuyó a animarle.

Paseó luego la mirada en torno suyo, convenciéndose de que no había nadie. Sin duda la señora Scott y su hijo habían salido, pensando que él no despertaría hasta la noche. Resultaba curioso que de una mujer que le había besado con tanta furia él solo supiera que se llamaba señora Scott.

¿Y el señor Scott, el tipo que ya no estaba para muchos trotes?

Buscó su retrato y lo encontró debajo de la mesa, donde lo había enviado él la noche anterior. Bruscamente, al ponerlo en su sitio, tuvo otra vez la sensación de que había visto aquel rostro en alguna parte y de que le recordaba a alguien. Pero como no pudo precisar sus pensamientos, decidió olvidarse de aquello.

Tenía cosas más importantes en qué ocupar su cabeza.

Encontró su americana en una butaca, vio que nadie le había registrado nada y que el revólver seguía incluso en el bolsillo posterior de su pantalón, y se vistió para salir a la calle.

La envidiable señora Scott debía haberle teñido la americana con un tinte casero, volviendo a poner luego todas las cosas en su sitio, porque el tejido era ahora mucho más oscuro, pero no se

distinguían apenas las manchas de sangre. La tela aún estaba húmeda. En cuanto a las manchas del pantalón, Jim adivinó enseguida la solución que la señora Scott había querido darle, al ver una larga gabardina situada también cerca de la butaca. Con aquella prenda encima, pedía ir prácticamente a cualquier parte. Se la vistió y dio mentalmente las gracias a la mujer, mientras se prometía volver a verla alguna otra vez.

Pero ahora era imposible. No podía comprometerla más.

Ni siquiera podía dejar una nota, porque si llegaba de pronto el tío del retrato, aquel podía ser un documento que originase un montón de líos.

Paseó la mirada en torno suyo, como despidiéndose mentalmente de aquello, y salió.

Sobre la ciudad caían las sombras plácidas de la tarde.

Hacía una temperatura bastante fresca, y ante los escaparates de las tiendas cerradas no se detenía casi nadie.

Jim Castle tomó un taxi y se hizo conducir al hotel. Tenía fiebre, pero las largas horas de reposo le habían sentado bien. Además, no le quedaba tiempo ahora para pensar en sí mismo.

El mismo hotelero del día anterior estaba detrás de su pupitre.

—Hola, señor Castle. Veo que los aires de Dublín también le sientan a usted endiabladamente mal.

— ¿Por qué?

—Tiene cara de perro.

—Hay perros que se pasan la gran vida.

—Pues parece que usted se esté pasando la gran muerte. No he visto a nadie tan pálido como usted desde que enterré a mi suegro hace cinco años.

—Yo tengo peor suerte. Yo estoy tan pálido porque mi suegro todavía vive.

— ¿Puedo preguntarle si desea algo de comer? Me da la sensación de que se me va a quedar tumbado en el mostrador de un momento a otro.

—Si me puede preparar algo, se lo agradeceré. Mientras, subo a mi habitación. ¿Ha visto volver a mi amigo, el señor Robert Ely?

—No, aunque he estado ausente unos diez minutos. Sería casualidad que él hubiera entrado mientras tanto.

Jim se encogió de hombros.

No, el pobre Robert Ely no había entrado. Claro que no. Por desgracia, Jim ya sabía lo bastante de aquellas situaciones para darse cuenta de que Robert tenía que estar muerto.

Por eso se sorprendió tanto al abrir la habitación y encontrarlo. Frente a frente.

* * *

Sí, Robert Ely estaba allí, pese a lo cual Jim había acertado en sus macabras suposiciones. Porque el agente secreto estaba muerto.

Se hallaba muerto en la postura más extraordinaria que un cadáver pueda idear para su última pirueta. Tendido casi de bruces sobre una mesa, que, sin embargo, no había llegado a volcar, y con ambas manos extendidas hacia una botella de agua de colonia.

La posición de su cuerpo era violentísima. Sin duda le había costado un terrible esfuerzo y un agudo dolor morir de aquel modo. Porque parecía como si hubiera muerto así intencionadamente.

Su rostro estaba vuelto hacia la puerta...

Daba la sensación de que iba a hablar, de que iba a decir una última palabra desde más allá de la Gran Frontera. También sus ojos, muy abiertos, parecían querer decir algo, pero ya estaban cubiertos por el Eterno Velo. Por el gris de la muerte.

Jim, que había quedado como paralizado, con todos los músculos tensos, cerró lentamente la puerta a su espalda.

Una de las luces de la habitación estaba encendida, pero él encendió la otra. Fue un gesto puramente mecánico. La verdad era que en este momento no sabía qué pensar, no sabía qué hacer.

Por fin dio una vuelta muy lenta en torno al cuerpo de su amigo, pero sin tocarlo.

No se distinguía sangre. Debía llevar una bala alojada muy cerca del corazón, una bala que le había permitido llegar hasta allí solamente.

¿Pero por qué aquella postura? ¿Qué había querido alcanzar?

Los ojos de Jim se entrecerraron.

¿Una botella de colonia? ¿Por qué? ¿Para qué sirve el agua de colonia cuando uno está a punto de dar el gran salto?

Sin embargo, resultaba evidente el deseo de Robert por alcanzarla. Incluso —ahora se dio cuenta Jim— la había manchado con unas gotas de sangre deslizadas a lo largo de su brazo.

Se inclinó hacia adelante, miró con atención la mano y no vio en ella nada de especial, salvo las gotitas de sangre. Sus ojos se deslizaron entonces hacia la botella de un modo maquinal.

Era la botella más vulgar y normal que había visto en su vida. Incluso la etiqueta era anodina. Decía: «Purísima agua de colonia».

Unas gotitas de sangre habían manchado aquella etiqueta, cerca de la palabra «Purísima».

Pensando que un secreto puede ocultarse donde menos uno espera, Jim tomó la botella, desenroscó el tapón entre sus dedos y olió el contenido. No cabía duda de que era colonia, y además de buena calidad. Allí no había gato encerrado.

En un examen lento, meticulado, tal como Jim estaba acostumbrado a hacer, sus ojos fueron hacia el rostro del muerto, y en especial hacia sus cabellos, que pocos días antes eran sanos, negros y brillantes.

Ahora aquellos cabellos eran blancos como la nieve.

La vieja creencia de que uno puede encanecer en una sola noche se había materializado ante los ojos de Jim Castle. Su amigo no tenía ahora ni un solo cabello negro. Y, para convencerse de que no se trataba de un tinte, Jim arrancó dos de esos cabellos hasta la raíz. No había tampoco la menor trampa. Y se preguntó con horror qué era lo que debía haber sentido, lo que debía haber visto Robert Ely para que su aspecto cambiase de aquel modo en unas pocas horas.

Luego dio media vuelta, apretó los labios y descendió a la planta baja.

No podía deshacerse del cadáver de su amigo.

Aunque le fastidiase tomar aquella iniciativa, no tenía más remedio que dar parte a la policía de Dublín.

El hotelero estaba en su sitio, mirándole con curiosidad.

— ¿Dice que ha estado ausente unos minutos? —masculló Jim.

—Sí. ¿Es que ocurre algo?

—Venga.

Jim volvió a subir. El hotelero, asombrado, le siguió hasta la habitación. Al ver el muerto dio un salto hacia atrás y estuvo a punto de precipitarse escaleras abajo.

—No se largue —masculló Jim, sujetándolo por el cogote—. ¿Es este el que se presentó aquí como Robert Ely?

—De... desde luego.

— ¿No lo vio usted subir? ¿Ha venido alguien preguntando por él?

—Na... nadie. Y le juro que... no lo he visto venir...

—Debió entrar durante los pocos minutos en que usted estuvo ausente —reconoció Jim—, pero lo extraño es que no fuera a su habitación, sino a la mía. ¿Y esa botella de colonia? ¿De dónde ha salido?

— ¿No es de usted?

—No la había visto en mi vida.

El hotelero reflexionó febrilmente durante unos segundos.

—Ahora recuerdo que la tenía el señor Ely en su habitación.

—De modo que fue a buscarla y la trajo aquí... ¿Por qué?

Sin darse cuenta, Jim había reflexionado en voz alta. Dejó de hablar al ver la expresión de pasmo en el rostro del hotelero.

— ¿Qué importancia puede tener una botella de colonia? — musitó este.

—Aparentemente ninguna, pero...

—... ¡Pero yo voy a avisar a la policía! —gritó el hotelero—. ¡Esta es una ciudad tranquila, y mi hotel más tranquilo aún! ¡No aguanto bromas de esa clase!

—No se trata de una broma, amigo mío.

—Precisamente por eso voy a avisar a la policía.

Jim se dio cuenta de que no podía impedirlo. Era lo lógico e incluso lo conveniente, aunque de ningún modo estaba dispuesto a que la policía le envolviese en sus redes, le interrogara y le hiciese perder el tiempo. Sería tanto como fracasar en su misión.

Dijo:

—No me importa que avise a todos los policías de Dublín, pero antes déjeme reflexionar un poco.

— ¿Reflexionar sobre qué?

—Si mi amigo vino aquí fue por alguna razón. Llegó moribundo. O lo trajeron moribundo, que viene a ser lo mismo.

—Usted sabrá qué líos se traían. A lo mejor usted le debía dinero y el pobre vino a cobrar. Fue su último gesto.

—Seguro. Compramos una vaca a medias y se nos murió. Mi amigo nunca digirió ese mal trago, y por eso vino, a ver si me sacaba, al menos, el importe de los cuernos.

—Usted se está burlando de mí, señor Castle.

—Solo le pido que me deje reflexionar unos momentos. ¿Es eso pedir demasiado?

—Le concedo solo un par de minutos. Si me retraso en avisar a la policía, puedo verme envuelto en este asunto. ¡Y no quiero pensar lo que sería entonces de mi hotel!

El tipejo tenía razón. No se le podía pedir que arruinase su crédito y, además, que prestara su ayuda a un agente americano para un asunto que nada importaba a su país. Jim comprendió que tenía que hallar en un par de minutos algo que le ayudase, algo que le indicara la dirección a seguir.

Pero allí no había nada que llamara la atención, salvo el cadáver y la botella de colonia.

¿Por qué Robert había ido a buscarla a su habitación, llegando con ella hasta allí cuando ya era presa de los espasmos de la muerte? Precisamente para llamarle la atención acerca de aquella botella. ¿Pero por qué? ¿Qué significaba?

¿Acaso que la pista estaba en una fábrica de agua de colonia?

Jim empezó a sudar. Notaba fijos en él los ojos del hotelero, cada vez más pequeños y más duros.

—¿Sabe si esa colonia está fabricada en Dublín? —preguntó.

—No, desde luego.

—¿Qué diablos puede significar entonces?

—¿Y a mí qué me cuenta?

Jim miró la etiqueta otra vez. «Purísima agua de colonia». Y junto a la palabra «Purísima» unas gotitas de sangre.

Su cabeza era un torbellino. Aquello significaba algo, sin duda, porque de lo contrario, Robert no hubiera empleado sus últimos momentos en hacer una cosa tan extraña. ¿Pero qué? ¿Qué mensaje puede encerrar una vulgar botella de agua de colonia que, además, contiene agua de colonia y solamente eso?

¿Quizá la etiqueta?

Pero en la etiqueta no había ninguna letra raspada, ninguna señal. Solo las letras impresas y las manchitas de sangre.

De pronto, Jim creyó verlo todo claro.

De pronto sus ojos fueron iluminados por una especie de relámpago.

Las manchas de sangre caían sobre la palabra «Purísima».

— ¿Hay en Dublín alguna iglesia que se llame de la Purísima Sangre? —susurró.

—Sí, hay una. ¿Pero qué es lo que está pensando?

—Nada, no pienso nada, amigo mío... ¿Quiera usted avisar a la policía? Yo, mientras tanto, voy a darme una ducha.

El hotelero no pensó ni por un momento que el pájaro intentaría fugarse.

Descendió a la planta baja para hablar por teléfono, y Jim aprovechó la oportunidad para ir a su habitación, tomar sus cosas más indispensables y saltar por una de las ventanas del pasillo, que daba a la parte posterior del hotel.

La herida volvía a dolerle horriblemente.

Sabía que la policía iba a encontrarle. ¿Cuánto podría tardar? ¿Un día? ¿Dos?

Y antes de que la policía diera con él, tenía que descubrir el misterio que se ocultaba en la biblioteca del Trinity College y tras la muerte de Robert Ely, el hombre que para darle un último mensaje había empleado las gotas de su propia sangre.

SIETE

La noche es buen cómplice para las fugas, y ahora Dublín ya estaba enteramente cubierta por las sombras. Si bien las calles céntricas y cercanas al río aparecían perfectamente iluminadas, había callejuelas de las que las tinieblas parecían haberse enseñoreado por completo.

Lo primero que hizo Jim, sin embargo, fue buscar un policía.

Le preguntó dónde estaba la iglesia de la Purísima Sangre.

—Lo más fácil es que la encuentre cerrada a esta hora, amigo.

—Quiero dar un recado al párroco. Él me recibirá.

—Muy bien —dijo el policía amablemente—. Espere, le dibujaré un pequeño plano.

Jim conocía ya lo bastante de Dublín para poder orientarse con aquella ayuda. Aunque comprendía que no había sido prudente preguntar a un policía (porque quizá este le reconocería más tarde), tampoco podía perder tiempo preguntando a los transeúntes. Y tomar un taxi hubiera sido, quizá, más comprometido aún, porque los taxistas suelen ser los primeros entre los que la policía investiga.

Tomó un autobús y lo dejó en las cercanías del templo.

Se trataba de una calle tranquila, de torrecitas burguesas y chalets cubiertos por enredaderas. Apenas brillaban allí unas pocas luces, y la sensación de calma y de soledad eran absolutas.

Demasiada calma, demasiada soledad. Entre las tinieblas de la calle, parecía como si los espectros flotasen.

Jim anduvo de un lado a otro, hasta convencerse de que la calle era muy larga. Luego se detuvo ante la iglesia, rodeada por pequeños jardines y arbustos entre los que susurraba el viento de la noche.

El templo estaba cerrado.

Jim no se atrevió a forzar la cerradura, porque le pareció una profanación. Además, estaba seguro de que la clave del misterio no se encontraba en el templo, sino en sus cercanías. Tal vez en los jardines que lo rodeaban por completo.

Volvió a caminar por ellos una y otra vez, pero comprendió que de noche no encontraría nada. Mejor sería que volviese a la luz del

día y hablara con el párroco. Quizá él conocía a Robert Ely; quizá pudiera decirle algo que le pusiese sobre la pista del asunto.

¿Pero dónde pasar la noche? ¿En casa de la señora Scott tal vez? ¿Y por qué no? Quizá su marido no hubiera regresado aún.

Al pensar esto, otra vez le acometió la sensación de haber visto aquel retrato antes en alguna parte, pero tampoco pudo concretar sus pensamientos.

Lo importante era volver a casa de la señora. Scott. Ella no le denunciaría a la policía. No la molestaría más que una noche, y luego era seguro que no volverían a verse.

Iba a salir de allí cuando de pronto vio a alguien.

Un hombre.

El tipo no trataba de ocultarse, sino que estaba ante él, como cortándole el paso. Sin embargo, no podía decirse de ningún modo que sus intenciones fueran agresivas. Más bien parecía observar a Jim con curiosidad, como preguntándose quién venía a turbar el reposo de aquel lugar, tan parecido a un cementerio.

Jim Castle se detuvo, un poco perplejo, sin saber qué decisión tomar.

Porque la verdad era que el hombre resultaba el más extraño que había visto en su vida. Moderadamente alto, casi calvo, con aspecto de persona importante y de mediana edad, iba vestido, sin embargo, según la moda de cincuenta años antes. Su levita y sus pantalones eran negros y casi se confundían con las sombras de la noche, pero, en cambio, su camisa era inmaculadamente blanca. Tenía entrecerrados los ojos, con los que miraba fijamente a Jim.

Este pensó, no supo por qué, que el tipo aquel tenía aspecto de estatua. Pero tal pensamiento le pareció absurdo.

— ¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

El desconocido apenas movió los labios para decir:

— ¿No sería mucho más lógico que eso lo preguntara yo, señor Jim Castle?

— ¿Conoce mi nombre?

—Yo sé muchas cosas de usted, amigo mío. No solo su nombre.

—Pero no nos hemos visto nunca...

Todo el aplomo de Jim desaparecía ante aquel extraño tipo, cuyos ojos parecían contemplarle desde una gran distancia, como si la mirada llegara hasta él después de atravesar las fronteras del Más

Allá. El pensamiento de que se hallaba ante algo misterioso, inexplicable, se apoderó repentinamente de él, y hasta le pareció ver de nuevo el cadáver de Robert. Pero todo aquello era ridículo.

— ¿Se encuentra en un apuro, señor Castle? —preguntó el desconocido.

— ¿Cómo lo sabe?

—Ha venido a la casa del Señor...

—Sospecho que la casa del Señor y usted no tienen nada que ver, amigo mío. A menos que...

— ¿A menos qué...? —siguió el otro con curiosidad.

—A menos que sea usted un muerto.

El desconocido lanzó una carcajada ronca y grave, que repercutió en la noche con sonidos de órgano.

—Supongo que un agente americano no tendrá miedo de los muertos, señor Castle.

— ¿Cómo infiernos sabe... que soy un agente americano?

—Ya le he dicho que sé muchas cosas.

— ¿Sabe también que estoy herido?

—Entre el hombro y el cuello.

Jim quedó tan alucinado que por unos instantes no fue capaz de pensar en nada. Luego solo pudo balbucir:

— ¿Quién... quién le envía?

—Imaginemos que nadie.

—No diga tonterías, amigo. Yo no me voy a tragar que todo eso se lo ha contado un pajarito. Y le advierto que llevo un revólver cargado en el bolsillo posterior del pantalón. No sabe qué gusto me da disparar balas contra los bromistas. Me reviento de risa.

La voz grave volvió a decir:

—Esto no es una broma, señor Castle.

—Entonces, ¿qué pretende de mí?

—Ayudarme.

— ¿Por qué iba a hacerlo?

— ¿No puede dejar de hacer preguntas y confiar en mí?

—No. Claro que no, amigo. Y le exijo que me conteste: ¿por qué infiernos va a ayudarme?

Los labios del desconocido se distendieron un poco para decir:

— ¿No le ha enviado aquí su amigo Robert Ely?

—Bu... bueno, en cierto modo, sí.

Jim sentía que la cabeza le daba vueltas.

Y otra vez los labios del desconocido se movieron un poco al añadir:

— ¿Y no cree que su amigo podría haberme ordenado ayudarlo desde el Más Allá?

OCHO

«...Ordenado ayudarle desde el Más Allá...»

La frase pareció repercutir en el cráneo de Jim, pareció aturdirle como si cada una de aquellas palabras fuera un mazazo propinado directamente sobre sus nervios. Porque lo peor de la frase era que, a pesar de todo, no estaba reñida con una cierta lógica.

Robert Ely le había enviado allí con su último mensaje, y aquel extraño tipo, que parecía arrancado de una fotografía de otra época, diríase que acababa de llegar flotando por los aires. Podía ser incluso un diablo, pero en todo caso parecía un diablo amigo.

Jim balbució:

— ¿No se está burlando de mí? ¿Qué infiernos quiere?

—Solo pretendo ayudarle. Para ello es imprescindible que me siga. ¿Por qué no se acerca?

Jim Castle fue a acercarse, y en ese momento pareció como si el mundo entero estallara dentro de su cabeza.

Sus rodillas se doblaron, sus ojos se llenaron de mil diminutas y brillantes estrellas, pero, sin embargo, no perdió el conocimiento del todo y fue capaz de seguir pensando. Se dio cuenta de que no era el extraño personaje quien le había golpeado, sino alguien que estaba a su espalda, entre los espesos matorrales.

Por tanto, Jim se volvió. Sus músculos apenas le respondían, pero pudo esquivar el próximo golpe que su enemigo le lanzaba. La barra de plomo con que le habían golpeado, pasó rozando su mejilla derecha y se la empotró en el hombro, haciéndole lanzar un gemido de dolor.

La voz del extraño desconocido, dijo junto a él:

—No se esté ahí... Venga... ¡Venga!

Pero Jim se daba cuenta de que necesitaba librarse de aquel enemigo o acabaría muerto bajo sus pies. Lanzó un directo al azar, solo para obligar a su adversario a replegarse, y entonces saltó de costado, situándose provisionalmente fuera de su alcance.

La vista se le nublaba, a pesar de lo cual se dio perfecta cuenta de lo que sucedía.

Ahora no tenía frente a él un enemigo, sino dos.

El de la barra de plomo había quedado en segundo término, dejando paso a un tipo vestido de negro que iba armado con una gigantesca «German Luger». Jim era hombre de reacciones instantáneas y se lanzó de cabeza entre los arbustos, justo en el momento en que restallaba la primera bala.

El proyectil no le alcanzó, yendo a empotrarse sordamente en tierra.

Su enemigo lanzó una maldición en dialecto irlandés. Jim no pudo entender lo que decía, aunque sí captó la clase de lenguaje en que hablaba.

Lo que resultaba evidente era que las cosas no quedarían así. El tipo aquel le buscaría y, por supuesto, no tardaría en encontrarle. Jim dio por seguro que no podría esquivar la segunda bala.

En aquel momento, cuanto más desesperada creía su situación, sonó a poca distancia un silbato de la policía.

Oyó pasos precipitados al otro lado del seto. Podía ser que sus enemigos huyeran, pero podía ser también que intentaran buscarle desesperadamente en los pocos minutos que la policía tardaría en llegar allí.

No le quedaba más remedio que huir. Tampoco deseaba que la policía le encontrase.

Se había recuperado ya un poco, por lo que no le fue difícil echar a correr, dando la vuelta al templo. Pero, a causa de la oscuridad, tuvo la desgracia de tropezar y dar un traspié. Sus dos enemigos le oyeron y lanzaron casi a la vez un grito gutural.

Jim siguió corriendo, mientras oía tras él las pisadas de sus enemigos y los silbatos de la policía. Escuchó también vagamente la voz del desconocido, que gritaba, sin duda tratando de orientar a los agentes:

— ¡Por aquí! ¡Vengan! ¡Vengan!

Se encontró corriendo a campo través, por detrás de los jardines. Atravesó un pequeño canal por encima de un tablón que oscilaba a cada paso, y creyó haber desorientado a sus enemigos. Sin embargo, un minuto después vio sus sombras emergiendo al otro lado del canal. Siguió corriendo.

Dublín posee un parque público que tiene fama de ser el mayor de Europa, y Jim Castle se encontró en él sin saber cómo. Era una sucesión enorme de pistas, prados, arboledas, hipódromos,

estanques... Jim sabía que incluso estaba allí el palacio del presidente de la República, pero era ya casi incapaz de dirigir sus pasos. Estaría bueno que llegara a meterse en las propias habitaciones privadas del presidente...

De pronto otra bala aulló junto a su cabeza. Sus enemigos debían estar cerca, y sin duda la habían avistado ya.

Jim se dejó caer al suelo, mientras el estampido resonaba en la soledad del inmenso parque.

Con la cara medio tapada por los brazos, para que no se viera el blanco de sus facciones, miró fugazmente en torno suyo y se dio cuenta de que estaba en una especie de isla desierta. En toda aquella inmensa zona del parque solo se encontraban él y sus enemigos. No podía esperar ayuda de nadie, excepto de su propio revólver.

Bueno, eso no era tan malo, al fin y al cabo. Jim ya estaba deseando utilizarlo.

Vio que sus dos enemigos lo habían localizado y venían hacia él uno por cada lado. Ahora el de la barra de plomo ya llevaba un arma mucho más eficaz: una pistola de cañón largo. La distancia era de cien metros, por lo que de todos modos, y teniendo en cuenta la oscuridad de la noche, los blancos no serían seguros. Jim vio vagamente que sus dos adversarios llevaban ropas anchas y gorra al típico estilo irlandés.

Los dos dispararon casi a la vez, y las balas levantaron surtidores de tierra ante los ojos del agente. Jim apretó el gatillo también dos veces, apuntando hacia el enemigo de la derecha.

Los estampidos resonaban estrepitosamente en la noche. El parque parecía haberse convertido en un campo de batalla.

Jim vio caer doblado a su enemigo, después de llevarse trágicamente las manos al pecho. El otro pareció vacilar, y Jim aprovechó la oportunidad para disparar contra él, pero el deseo de elegir una zona que no fuera vulnerable, para cazarle vivo, le hizo fallar la puntería. Vio que su enemigo daba media vuelta y huía rápidamente, hundiéndose en las sombras de la noche.

Durante algunos segundos Jim Castle vaciló intentando captar el menor sonido en el ahora tremendamente silencioso parque. Pero solo el rumor del viento llegó hasta él.

Había que aprovechar el momento para interrogar al caído, si

este vivía aún.

Avanzando con precaución, para evitar un balazo a corta distancia, Jim llegó hasta el caído.

Al verlo ahogó una maldición.

Su disparo había sido demasiado certero, y el tipo no vivía ya. Bastaba ver la mueca de sus labios y lo espantosamente inmóvil de sus dedos crispados para darse cuenta de que la bala le había alcanzado bien. Demasiado bien.

Dándose cuenta de que no podría averiguar nada por boca de aquel hombre, Jim se dedicó a registrarle rápidamente.

Llevaba un carnet de conducir a nombre de Rock O'Leary. Su aspecto y su modo de vestir también parecían los típicos de un irlandés, por lo que Jim dedujo que alguien había alquilado a dos maleantes para pasaportarlo al otro mundo. Y, seguramente, que los dos maleantes no conocían apenas al que los contrató.

¿Pero quién era ese misterioso personaje? ¿Quién tenía interés en que visitara los acogedores paisajes del Más Allá?

Sin duda, Margaret, la hermosa muchacha cuyo retrato vio en Nueva York y que había pasaportado ya a Robert Ely. Tenía que encontrarla. Pero, ¿dónde?

Jim comprendió que no podía seguir allí más tiempo. Los disparos habrían sembrado la alarma, y pronto se presentaría la policía, máxime estando cerca el palacio del presidente. De modo, que dejó otra vez el carnet en el bolsillo del muerto, guardó su revólver de reglamento y emprendió la huida siguiendo más o menos la dirección empleada para llegar hasta allí.

En un momento dado, tuvo que arrojararse entre uno; matorrales, porque dos policías avanzaban en dirección contraria. Los dos pasaron sin verle ni sospechar su presencia.

Los dos únicos caminos que ahora tenía Jim eran ir a casa de la señora Scott o bien buscar al misterioso tipo con el que había hablado poco antes. Esta segunda posibilidad le inquietaba y le seducía mucho más que la primera, de modo que decidió seguirla.

Tras largos minutos de caminar, sintiendo que se agotaba a causa de la debilidad, vio de nuevo entre las sombras la mole de la iglesia.

No se acercó demasiado, porque oyó voces y dedujo que la policía se encontraba por allí. En lugar de eso, dio un rodeo y salió a la larga calle bordeada de chalets, donde el silencio seguía

palpándose como si fuera una cosa viva.

Avanzó por la acera, sumida en penumbra, sabiendo que si el misterioso desconocido con el que había hablado poco antes estaba cerca de allí, se le aparecería de un momento a otro. No tendría que buscarlo, porque él vendría. Porque quizá era cierto que Robert se lo ordenaba desde el Más Allá.

En efecto, vio al hombre pocos instantes después.

Seguía pareciendo una estatua a la que bruscamente hubieran cambiado de sitio, dejándola en medio de la calle. El efecto que producían sus ropas de cincuenta años atrás era sobrecogedor entre la penumbra, pero Jim Castle no tenía ya ni siquiera fuerzas para asombrarse. Fue directamente hacia aquel hombre como si sus ojos le hipnotizaran.

—Sabía que volvería, señor Castle —musitó él.

Estaba junto a la verja de entrada a un pequeño jardín donde crecían unos árboles raquíticos, varios helechos y unas matas de hiedra. No obstante, el jardín era hermoso dentro de su tristeza. El misterioso hombre-estatua parecía estar en su elemento más adecuado.

— ¿Por qué supo que iba a venir?

—Alguna fuerza, de la que usted mismo no es responsable, le ha guiado hasta mí.

—No diga tonterías. Lo que ocurre es que no quiero que la policía me encuentre aún, y no tengo, por el momento, ningún sitio dónde ocultarme.

—Yo puedo ofrecerle hospitalidad...

Señaló suavemente la casa.

— ¿Cómo no distinguí a los que iban a atacarme por la espalda?

—musitó Jim—. ¿Es que no llegó a verlos?

— ¿Los vio usted?

—Por supuesto que no, pero es que no tengo ojos en el cogote.

—Ni yo tengo sus oídos, señor Castle. Soy un hombre ya viejo y no capto los sonidos muy suaves, como los que producían aquellos dos hombres moviéndose igual que serpientes. Usted, en cambio, está entrenado para estas situaciones, y no los oyó llegar.

—De acuerdo... No es que quiera echarle la culpa de nada, amigo mío. Si me ofrece hospitalidad por una noche ya habrá hecho bastante por mí. ¿Es esa su casa?

—Sí, esa es. La compré hace muchos años. Pase.

Jim penetró en el jardín. Al hacerlo tuvo la sensación de que hollaba su propia tumba, pero no podía elegir. Siguió avanzando hasta penetrar en la casa.

La puerta se cerró suavemente a su espalda.

NUEVE

Un revólver del «38» bien cargado siempre da confianza, y a Jim no le impresionó demasiado el sonido de aquella hoja de madera al girar, como si fuera la puerta de una tumba. Tampoco le asustó tener a aquel extraño personaje a su espalda. Sabía que en caso necesario llegaría a tiempo de clavarle una bala entre las cejas.

Pero el hombre-estatua no hizo nada contra él. Simplemente se limitó a pasar por delante suyo para guiarle, y le indicó silenciosamente el interior de la casa. En esta había viejos arcones, ennegrecidas cornucopias y alguna armadura sobre la que parecía pesar un polvo de siglos.

Al fondo del pasillo existía un despacho de pesados muebles de nogal, cuya puerta abrió el hombre lentamente. Era en realidad un despacho-sala con tres solemnes butacas de cuero y algunos retratos al óleo. Flotaba allí el aire especial de esos sitios que no han variado durante años y años, de las paredes entre las que han nacido y muerto varias generaciones. No tenía nada especial, y, sin embargo, parecía el decorado de una película de pesadilla.

Algo le dijo a Jim que debía estar alerta, pero al mismo tiempo se sentía dominado, sin voluntad, como si el propio aire le hipnotizase.

El hombre aconsejó:

—Descanse... Enseguida le haré traer alguna bebida reconfortante. Usted necesita animarse.

Pidió en voz alta, para que se le oyese desde más allá de la puerta:

— ¡Margaret! ¡Dos copas de coñac!

Margaret... ¿No se llamaba Margaret la mujer a la que él tenía que encontrar? ¿No sería posible que...?

Pero no, no podía darse esa casualidad. En el mundo no se producen casualidades tan grandes. Aquella tenía que ser otra Margaret, a menos que... Bueno, a menos que él estuviera soñando. A menos que todo aquello fuera una especie de pesadilla causada por la hipnosis. A menos que...

Pero no pudo seguir pensando.

Porque en aquel momento entró una muchacha llevando una

bandeja de plata sobre la que descansaban dos panzudas copas de coñac. Y Jim sintió que la frente se le cubría de un sudor lívido al ver que se trataba de la muchacha de la foto, la que le habían enseñado en Nueva York... Lo increíble, lo absurdo, se producía. Porque allí estaba la mujer que sin duda había matado a Robert. Allí estaba la belleza rubia que también querría acabar con él.

DIEZ

Una de las cosas que se enseña a un agente secreto, es a no llevar lo que piensa escrito en la cara; pero, sin embargo, algo muy grave debió notarse en las facciones de Jim, a pesar de que este hizo lo posible por disimularlo.

Tanto que el hombre-estatua le preguntó:

— ¿Se siente usted mal, señor Castle?

—No... Es que... Bueno, no sabía que tuviera usted una hija tan bonita.

—No es mi hija, señor Castle.

—Bueno, pues su sobrina. Lo... lo que sea.

Por primera vez en su vida, Jim Castle se sentía, vencido por las circunstancias. No solamente no sabía qué hacer, sino que tampoco sabía ya qué pensar.

La muchacha depositó silenciosamente las copas en una mesita baja que se extendía a lo largo de un diván, y quedó un momento en pie ante ellos, como esperando órdenes. Al parecer no se había fijado en Jim, pero por un momento —un momento que duró segundos solamente—, este captó el relampagueo de su mirada. Aquella mirada iba directa a sus ojos, parecía leer sus pensamientos, decirle algo. Era tan intensa que hacía daño, pero, como ya se ha dicho, duró tan solo unos segundos. Luego los ojos de la muchacha volvieron a posarse distraídamente en la pared frontera.

Y fue entonces cuando Jim Castle captó, de una manera instintiva, la profunda diferencia entre los dos seres que estaban con él.

Los ojos de Margaret eran los de una persona viva, mientras que los del hombre-estatua eran los de una persona muerta.

La voz del hombre volvió a insistir entonces:

— ¿De veras no se siente usted peor, señor Castle?

—No, le aseguro que no. Al contrario, el ambiente de esta casa es muy reconfortante.

—Lo celebro. Ya puedes retirarte, Margaret.

De una manera impulsiva, Jim se encontró a sí mismo alzando la mano, sin darse cuenta exactamente de lo que hacía.

—No, por favor... Que no se vaya.

—Como usted prefiera, señor Castle. Margaret, quédate.

Margaret, sin decir una palabra, tomó asiento en la butaca frontera al diván, y recogió cuidadosamente las piernas bajo la falda. Era muy distinta de la señora Scott, y así como aquella, con sus gestos, parecía hablar de pasión contenida, esta hablaba de paz y de hogar. Parecía increíble que por causa de una mujer así estuviera Robert Ely a punto de ir a pudrirse en la fosa común del cementerio de Dublín. Pero lo estaba. Vaya si lo estaba.

Con una cara que no hubiera servido precisamente para anunciar la cerveza «Guinness».

Jim bebió un sorbo de coñac y se sintió mejor. Volvió la cabeza hacia el hombre-estatua.

— ¿Se da cuenta de que usted sabe muchas cosas de mí y yo no sé nada de usted? Ni siquiera conozco su nombre.

El hombre-estatua sonrió.

—Me llamo Claridge. Soy juez.

— ¿Ejerce en Dublín?

—Sí, desde luego. Tengo autoridad en la capital.

Jim se daba cuenta de que aquello era absurdo, de que estaba viviendo una pesadilla, pero preguntó:

— ¿Por qué viste de esa manera?

— ¿Qué tiene de raro mi modo de vestir?

—No es de esta época.

—Tampoco las leyes son de ninguna época, señor Castle. Están por encima del tiempo.

—Pero los hombres no. Los hombres pertenecen a un siglo, y, les guste o no, en él nacen y revientan. Todos tenemos que seguir unas determinadas modas y unas ciertas formas de vida. ¿Por qué usted no? ¿Por qué se ha detenido en una época que terminó hace al menos cincuenta años?

—Porque esa época me gustaba, y en todos los detalles me gusta conservarla. ¿A usted no?

— ¡Y yo qué sé!

La sensación de pesadilla se acentuaba en Jim, se acentuaba de una manera terrible. La pared frontera de la habitación parecía ir y venir a su encuentro. Bebió confiadamente otro sorbo de coñac, porque por el sabor purísimo de este se había dado cuenta ya de

que no contenía ningún veneno ni ningún somnífero.

El juez le miró, sonriendo lejanamente.

— ¿Cómo es posible que un hombre al que han intentado matar, se preocupe por cuestiones de vestuario? —preguntó—. ¿No tiene usted inquietudes más graves, señor Castle?

—Es que...

— ¿Por qué han intentado matarle?

—Contéstese usted mismo, ya que lo sabe todo.

Pero enseguida, Jim se dio cuenta de que su respuesta no había sido correcta, y musitó:

—Perdone. Usted me ha dado hospitalidad y me está ayudando; a cambio, tengo la sensación de que me estoy comportando como un bruto.

—No se inquiete; lo encuentro natural —dijo Margaret, hablando por primera vez—. Esta casa perturba un poco...

Tenía una voz dulce, armoniosa y que no recordaba para nada la fosa común del cementerio de Dublín. ¡Oh, no, diablos! Recordaba un diván junto a una ventana por la que entrara la luz suave de la tarde. Recordaba unos besos lánguidos al son de una lenta música. Recordaba otras cosas que a uno no le dejan escribir en un libro.

Luego ella habló de nuevo.

—Habrá que ver esa herida —dijo, poniéndose en pie—. ¿Desde cuándo no le han curado?

—Desde anoche.

—A ver, quítese eso.

«Eso» era la gabardina y todo lo demás. Los ojos de la muchacha chispearon otra vez al ver las extensas manchas de sangre que cubrían casi enteramente el traje.

—La camisa. Fuera.

Jim obedeció, puesto que al fin y al cabo necesitaba que le curasen. Su tronco poderoso y juvenil apareció desnudo ante los ojos de aquellos dos personajes que parecían estar fuera del tiempo. Los vendajes que la noche anterior le puso la señora Scott, estaban ya muy manchados de sangre.

Margaret los retiró cuidadosamente, pero al despegar la parte que estaba en contacto con la herida, Jim no pudo evitar un gesto de dolor.

Margaret entrecerró los ojos.

—La herida no tiene mal aspecto, después de todo. Si usted se hubiera estado quieto, ahora se sentiría muchísimo mejor.

—No me han dejado estarme quieto, señorita.

— ¿Dice que es un agente secreto americano? —preguntó ella, inesperadamente.

—Lo de agente y lo de americano, sí, Margaret, pero lo de secreto no lo veo por ninguna parte. Parece como si en Dublín todo el mundo estuviese enterado de lo que soy y de lo que hago. Sobre todo ustedes.

Y, al hablar así, Jim se dio cuenta más que nunca, con una certidumbre casi física, de que estaba en poder de aquella extraña gente.

Pero las manos de Margaret al curar su herida eran dulces. También lo era el aliento cálido de la muchacha.

Ella no había hecho ningún comentario sobre el revólver, calibre 38, que él había tenido que quitarse para la cura.

Ni él lo había perdido de vista. Cuando entre varias personas existe confianza, da gusto.

Margaret empleaba para curarle los productos de un botiquín de urgencia que había sacado de uno de los departamentos de la librería del despacho. Y si allí todo era antiguo, en cambio el botiquín parecía moderno y eficaz. Inmediatamente se dio cuenta Jim de que la muchacha sabía lo que se hacía.

Pero la sensación de vértigo, de irrealidad, no se apartaba de él un momento.

El hombre-estatua, o el juez Claridge, quienquiera que fuese en realidad, estaba inmóvil en el diván y ni por un momento había hecho ademán de acercarse al revólver de Jim, ni ningún otro gesto sospechoso. Ahora más que nunca parecía un muerto, pero no un muerto de hoy —pues también en eso hay diferencias—, sino de otra lejana época.

Con ello, aunque no hubiera podido precisarse por qué, parecía mucho más siniestro.

Cuando Margaret hubo terminado de limpiar y desinfectar la herida, la vendó cuidadosamente, y dijo:

—Supongo que estará usted muy débil, señor Castle. ¿Quiere tomar algo?

Jim se preciaba de conocer instantáneamente, por el gusto y el

olfato, cualquier clase de elemento extraño —veneno o narcótico— en una comida, por lo que dijo, confiadamente:

—Aun a riesgo de molestarla demasiado, aceptaré. Creo que lo necesito.

El juez se puso en pie, como si despertase, o mejor aún, como si resucitase.

—En ese caso, pasemos al comedor, señor Castle. Margaret le preparará algo en seguida. Es una excelente cocinera, y, sobre todo, muy rápida.

—Gracias.

Mientras la muchacha desaparecía, fueron al comedor.

Todo lo que se diga de la vetusta sala donde se efectuaban las comidas en aquella casa puede parecer fantástico, pero deja pequeña a la realidad. La habitación era de regulares dimensiones, pero parecía una tumba. Espesas cortinas de terciopelo rojo cubrían las ventanas, de modo que jamás debía entrar allí un rayo de luz. Viejos tapices que olían a moho tapaban las paredes. La mesa era cara, pesada y solemne, pero únicamente apta para ser exhibida en la tienda de un anticuario. La lámpara de cristal tallado que colgaba del techo arrojaba una luz como la que uno imagina debe haber en la sala de espera del otro mundo.

En fin, no podía concebirse, para quitar el apetito, nada mejor que aquello.

Jim tuvo como un desfallecimiento al entrar, y la sensación de irrealidad, que ya parecía haberse disipado, le volvió a acometer de repente. Todo volvía a ser como una pesadilla.

Pero, sin embargo, él, que era un hombre práctico, se hizo las siguientes reflexiones:

Primera: necesitaba reponer fuerzas y no ser visto, de momento, por las calles de Dublín. Si allí le daban comida y alojamiento, no tenía derecho a quejarse encima.

Segunda: había logrado llegar hasta el nudo mismo del asunto. Robert Ely murió sin conseguir lo que él había conseguido, es decir, dar con Margaret. Y él estaba vivo y en situación inmejorable para llevar el caso hasta el fin. Por tanto, tampoco podía quejarse.

Tercera: su obligación era estar allí y no en otro sitio, por mucha sensación de pesadilla que tuviese.

¿Y si intentaban envenenarle?

No, él lo notaría. Se había especializado en venenos y conocía de estos tanto como la mismísima Lucrecia Borgia. No hay ninguno que sea absolutamente insípido. Él lo advertiría al primer bocado.

Se sentó a la mesa, obedeciendo a una muda invitación del juez, y acto seguido la muchacha puso sobre esta unos manteles limpios. Con solo aquel sencillo gesto, la sensación de misterio y de ultratumba desapareció por completo.

Además, ¿no hubo gente, según las historias, que comió en el mismísimo castillo del conde Drácula? ¿Qué tenía aquello de peor?

Su optimismo se hizo más intenso cuando Margaret volvió con una bandeja donde había dos platos, uno con ensalada fresca y otro con una succulenta y enorme chuleta a la americana. Ni en los restaurantes especializados de Chicago, que tienen fama en esa clase de platos, se presentaba nada parecido. Y, por si fuera poco, en la bandeja brillaba también una copa de cristal junto a una botella grande y fresca de cerveza «Guinness».

La sensación de pesadilla se esfumó. Se esfumó cien veces.

A pesar de que Margaret y el hombre-estatua le miraban silenciosamente, Jim probó la chuleta y hubo de reconocer que era extraordinaria. Quizá nunca había comido nada tan bien cocinado. Por otra parte, la cerveza estaba fresca y tenía un sabor excelente. Entraba en el organismo como un río de energías, de juventud, de vida.

El apetito que sentía, no hizo, sin embargo, que Jim descuidara comprobar el sabor de aquellos alimentos.

No había venenos ni somníferos. De eso podía estar seguro.

Por cortesía hizo unos cuantos comentarios, alabando la calidad de lo que le habían ofrecido, pero ni el hombre ni la mujer le contestaron. Le estaban mirando lejana y silenciosamente, sin mover los ojos de su rostro, como dos estatuas.

La sensación hubiera sido molesta, casi insoportable, de no haber sentido Jim tanto apetito y de no haber tenido que estar tan atento al sabor de lo que engullía.

Pero la verdad es que, cuando terminó, se sentía otro. Parecía como si nuevamente volviera a ser dueño de todas sus fuerzas. Porque, caso de haber podido ir él a un restaurante, habría pedido: «Eh, amigo, una buena chuleta a la americana. Y una botella así de grande de cerveza».

Aquellos dos extraños seres le habían dado lo que él deseaba, sin hacerle ninguna pregunta. La sensación de que quizá adivinaban el pensamiento, no turbó demasiado a Jim. En estos momentos se sentía capaz de resolver el caso sin ninguna dificultad, de vencer a todo el mundo.

—Es usted una excelente cocinera —dijo, mirando a Margaret—. Envidio al que llegue a ser su marido.

Ella no respondió al cumplido, limitándose a decir, sencillamente:

—Le he preparado una habitación.

—¿No les causaré demasiadas molestias?

—Usted sabe que no.

—Bueno... creo que ya he dicho que debo aceptar su hospitalidad. Muchas gracias.

Se puso en pie. Era fuerte y vigoroso, y habían bastado aquel descanso y aquella comida para que las energías volvieran a él casi por completo.

A un lado del pasillo había una habitación cuya puerta abrió la muchacha, precediéndole. Esa habitación, en contraste con las demás, estaba amueblada con gusto moderno. Tenía una ventana adornada con cortinas de cretona, una cama de madera clara, una mesilla, un radio a transistores y hasta un aparato de televisión sobre una repisa portátil. Parecía como si, solo al entrar en aquella habitación, uno dejara atrás cincuenta años, como si entrara de pronto en nuestro tiempo.

La sensación eufórica de que ahora gozaba Jim Castle, se duplicó. Atrás parecían haber quedado todas las pesadillas, todas las incertidumbres. Volvía a estar en nuestro siglo y con los pies sólidamente aposentados en tierra. Se sentía seguro.

No estaba en una tumba, sino en una casa, y además en una casa con detalles bastante confortables.

Margaret susurró:

—Le deseo que descanse, señor.

—Estoy seguro de que descansaré muy bien.

—Nadie le molestará, pero para estar más tranquilo puede cerrar la habitación por dentro.

Y le indicó con los ojos la llave que estaba en la cerradura. Aquello no solo era el colmo de la amabilidad, sino que significaba

darle todas las ventajas.

La hizo girar, y comprobó que la cerradura funcionaba. Se hallaba en buen estado, y la llave no era de las de adorno.

¿Y si se hubiera equivocado? ¿Y si aquellos dos seres pretendieran realmente ayudarle? ¿Y si ellos no fueran responsables de nada, ni siquiera de la muerte de Robert Ely?

Todos aquellos pensamientos debieron reflejarse en su expresión, y la muchacha debió notarlo. Otra vez relampaguearon fugazmente sus ojos.

—Buenas noches, señor Castle —dijo con suavidad.

Y cerró la puerta.

Jim hizo girar la llave por dentro, dejándola en la cerradura para mayor seguridad, comprobó que la ventana estaba bien cerrada y encajaba perfectamente, y, por fin, se cercioró de que su querido calibre 38 no se había convertido de repente en un trasto inútil, sino que seguía siendo algo con capacidad para matar.

En estas condiciones podía descansar tranquilo. Le convenía hacerlo al menos durante un par de horas, para completar su recuperación, antes de trazarse un plan de conducta.

Se tendió en la cama y fue durmiéndose lentamente, pero no con el sueño antinatural que produce un narcótico, sino con el sueño reparador, sano y espontáneo de la persona joven que descansa.

Todas sus pesadillas se habían disipado. Casi se sentía feliz.

Hasta que de pronto despertó, no supo cuándo, ni cómo, ni por qué.

Era como si algo sutil le hubiera hecho volver en sí. Como si le hubiera rozado el ala de un murciélago.

Jim se sentó en el lecho, en medio de la oscuridad, tratando de concretar esa sensación, con todos los sentidos alerta.

Pero no era un roce. No, no le había rozado nada.

Se trataba solo de un sonido, un sonido lejano. Porque más allá de la puerta sonaba el llanto amargo de una mujer.

ONCE

Jim Castle terminó de despabilarse en menos de cinco segundos. La sensación de irrealidad que aún seguía flotando en su cerebro se disipó rápidamente.

Estaba seguro de que lo que se oía era el llanto de una mujer, y él hubiese jurado que era el llanto de Margaret. Pero se trataba de un sonido tan fugitivo y tan fantástico como el gemir del viento; es decir, no hubiera sido capaz de determinar de dónde venía, dónde empezaba y dónde estaba su fin. La sensación de irrealidad se apoderó de nuevo de Jim Castle al intentar determinar el origen de aquel sonido.

Apenas era audible y, sin embargo, parecía llenar la habitación entera.

Jim palpó su calibre 38, vio que estaba en el mismo lugar y eso le tranquilizó. No hay sonido, por muy fantasmal que sea, que no quede disipado por el estampido de un buen revólver.

Pegó el oído a la puerta.

Hizo aquello, en lugar de salir, porque el llanto de Margaret parecía reflejar no un peligro, sino más bien una pena. Es decir, no daba la sensación de que requiriese un auxilio inmediato.

Jim empezó a captar con claridad algunas palabras.

—Fuiste injusto... Fuiste injusto conmigo...

—Cumplí con mi deber.

Ahora era la voz del juez o del hombre-estatua la que acababa de sonar. Él hablaba con sequedad, pero no en un tono ofensivo. La voz de Margaret, más angustiada cada vez, volvió a oírse:

—Tú sabes que yo era inocente.

—Eras culpable.

—Bueno, y, aunque hubiera sido culpable, ¿qué? —ahora la voz de Margaret no era de pena, sino de desafío. Parecía la de una mujerzuela del arrabal—. A una mujer tan bonita como yo no se la condena. Hubieras salido ganando en muchos sentidos, caso de dejarme libre.

—Yo no podía. Fueron los del Jurado los que dijeron la última palabra. Ellos condenan o absuelven; a ellos incumbe la

responsabilidad.

—Pero un juez puede llevar el proceso de un modo o de otro para que el veredicto sea distinto; tú lo sabes.

—Yo jamás he amañado un proceso. Yo he cumplido en todo momento con mi deber, con lo que era justo.

Jim Castle, aunque confusamente, empezaba a entender algo de todo aquello. Al parecer la muchacha había sido condenada por el juez en un proceso criminal. Pero entonces, ¿por qué vivían juntos? ¿Y por qué estaba ella libre, si había sido condenada?

¿O se referían, quizá, a algo ocurrido tiempo antes?

La muchacha siguió diciendo:

—Por tu culpa fui... fui...

— ¡No pronuncies esa palabra!

— ¡Por tu culpa fui ejecutada!

Jim lanzó un respingo, pero creyó no haber oído bien, sobre todo la última palabra, la palabra ejecutada.

—Tú asististe al suplicio —gimió ella—. Tú asististe al suplicio con los demás testigos...

—Sabes que era mi obligación. No tenía más remedio que hacerlo.

—Pero yo era joven e iba a morir... ¿cómo tuviste valor para presenciarlo? ¿Cómo dejaste que el verdugo me pusiera la cuerda al cuello y...? —de pronto la voz cambió, haciéndose amenazadora—. ¡A lo mejor también tú gritaste de placer cuando se abrió la trampilla bajo mis pies, maldito! ¡A lo mejor tú también viste mi cuerpo desnudo en el depósito de cadáveres! ¡Quizá llegaste hasta eso!

La voz era ahora ronca, amenazadora y potente. Jim la escuchaba con toda claridad. Pero también escuchaba con toda claridad el zumbido en sus oídos y notaba la sensación de vértigo. Aquello era irreal, era imposible, era algo que no existía... ¿Cómo ella estaba allí después de haber sido ejecutada? ¿Por qué habitaba en la misma casa que el hombre que la condenó a muerte?

Otra vez la voz femenina rasgó las sombras de la noche.

—Sabes que no te he perdonado... Sabes que estaré junto a ti... ¡siempre, siempre! ¡Estaré junto a ti para atormentarte, para hacerte pagar aquel crimen! No te librarás de mí... ¡jamás!

—Haría cualquier cosa por no oírte, porque no te torturaras

durante las noches interminables... ¡Vete!

—Sabes que no me iré. Que no me iré jamás... ¡Que tendrás que soportarme por los siglos de los siglos!...

Nuevamente la sensación de vértigo acometió a Jim Castle, haciéndose ahora casi invencible.

¡...Por los siglos de los siglos!

¿Qué lenguaje estaban hablando aquellos dos seres? ¿En qué clase de pesadilla estaba él inmerso, hundido hasta las orejas?

Se palpó bien la cara, por si estaba soñando.

No, no soñaba. Y ahora los gemidos de Margaret, mezclados a horribles amenazas, llegaban a él con perfecta claridad.

Jim se apartó de la puerta y encendió la luz. Necesitaba un buen trago, diablos, pero mucho más aún necesitaba pensar en todo aquello. Él era un hombre práctico y no debía dejarse impresionar por las palabras. Quería realidades, hechos.

La claridad de la habitación le ayudaba en sus pensamientos. Todo ahora parecía más limpio y sencillo.

Jim dio un par de paseos en torno a la mesita del televisor, y entonces vio en la repisa inferior de esta algunos periódicos que no había observado al entrar allí por primera vez. Por el color amarillento de sus hojas y por el cuerpo de las letras de sus titulares, ya no usado en las modernas imprentas, se adivinaba al primer golpe de vista que eran periódicos de muchos años atrás.

El joven leyó parte del titular del que estaba encima: «ELLA DIJO QUE NO LE PERD...»

No hacía falta ser muy listo para adivinar el resto. «Ella dijo que no le perdonaría».

Como poseído por un acceso febril, Jim tomó aquel periódico y lo desdobló. En efecto, el titular decía aquello. Y debajo había un retrato del juez, o del hombre-estatua, o como infiernos quisiera llamarse, tal como estaba ahora. Junto a ese retrato había otro de Margaret, aunque peinada según la moda de sesenta o setenta años atrás.

Jim sintió que gruesas gotas de sudor surcaban su frente al leer la fecha del periódico: 1890.

¡Casi tres cuartos de siglo antes y los dos seres representados en las fotografías seguían teniendo la misma cara!

¿En qué casa había cenado él, en qué sitio estaba?

Jim Castle sintió como si una náusea más fuerte que sí mismo le doblara todo el cuerpo. Tuvo como un espasmo y quedó quieto, espantosamente quieto, mientras sus ojos, única cosa que se movía en su cuerpo, seguían leyendo los titulares.

«La muchacha fue ahorcada, y sus últimas palabras se dirigieron al juez que había pronunciado la sentencia, jurando que no le perdonaría.»

Y un poco más abajo:

«EL JUEZ HA MUERTO INESPERADAMENTE ESTA MISMA NOCHE.»

Ahora las gotas de sudor helado llegaban hasta la boca de Jim Castle. Le produjeron otra náusea.

De modo que... de modo que aquellos dos seres llevaban muertos casi setenta y cinco años... De modo que se dedicaban eternamente a martirizarse uno al otro... De modo que...

Los pensamientos de Jim ya no fueron más lejos. Su cabeza era un torbellino, un caos. Bruscamente, la náusea fue tan fuerte que llegó a dominarle. Sintió que se le doblaban las rodillas, que todo daba vueltas en torno suyo, y perdió el sentido.

DOCE

Un hombre joven no debe desmayarse como un niño... Un hombre entrenado para la lucha debe tener más aguante...

Eso se estaba diciendo Jim a sí mismo, mientras yacía hundido en las profundidades del sueño. El «yo» profesional de Jim Castle luchaba contra los hechos. Él no debía haberse desmayado, porque le habían preparado para afrontar cualquier situación... Pero enseguida una voz le dijo, desde el fondo de sí mismo, que le habían preparado para afrontar cualquier situación física, no mental. Hay fronteras que nadie puede enseñar a atravesar sin daño. La frontera del horror, la de la angustia, la de la incredulidad son más peligrosas que un buen papirotazo dado en el cráneo con un pedazo de tubería de plomo. Y Jim había atravesado esas fronteras, había estado en el Más Allá.

Tuvo estos pensamientos mientras, poco a poco, volvía en sí, y entonces sintió que una cosa fría parecía pegada a su espalda.

Sentía lo mismo que un bañista que se hunde de pronto en agua demasiado helada. No era una sensación del todo desagradable, pero resultaba tumbadora, porque él recordaba haber caído en una habitación completamente seca.

Respiró hondamente, con una especie de alivio, y entonces tuvo un espasmo de horror. ¡Sus pulmones se estaban llenando de agua! ¡No se encontraba en la habitación, sino descendiendo a gran velocidad hacia el fondo cenagoso del puerto!

Intentó moverse y no pudo. ¡Tenía las manos atadas a la espalda!

Fue al menos a levantar los pies, para moverlos y retrasar la caída, pero eso le fue más imposible aún. Eran precisamente los pies los que tiraban de él hacia abajo. ¡Estaban atados también, y con un peso colgando de los tobillos!

La sensación de la terrible realidad fue tan brusca que Jim recuperó el sentido en menos de un segundo. Por el sabor salado y la densidad del agua notó que estaba en el puerto, no en el río que cruza la ciudad. Y, además, le habían arrojado a un sitio bastante profundo, porque tardaba en llegar al fondo.

Intentó desesperadamente librarse de las ligaduras, pero no pudo.

Eran de buen cáñamo y estaban enlazadas a conciencia. Se contorsionó, en un esfuerzo titánico por mantenerse a flote, y entonces notó que en la espalda, justo en el sitio del cinturón, sobre los riñones, algo le tensaba.

Era como si tuviera un pequeño objeto colocado verticalmente allí, entre la camisa y el pantalón. Algo que le impedía contorsionarse hacia atrás.

Como las manos atadas de Jim aún gozaban de cierta libertad de movimientos en la zona de su espalda, el joven palpó aquel objeto. Y estuvo a punto de lanzar un grito al comprender lo que era: ¡una navaja!

No entendía nada de todo aquello, pero los hechos eran los hechos, y a él no le quedaba tiempo para pensar.

Sacó la navaja, la armó con dos dedos y la situó de forma que el filo de acero quedase en contacto con las ligaduras. Empezó a moverla febrilmente, mientras la sensación de asfixia se hacía más y más agobiante.

En aquel momento llegó al fondo.

En aquella zona había barro, como en todos los fondos de todos los puertos del mundo. Jim se hundió en él casi hasta las rodillas. El peso que llevaba colgado de los pies hizo de ancla, empotrándose en aquella masa fangosa, y a partir de ese momento la situación de Jim Castle fue mucho más grave aún.

Ahora ya era como un poste clavado en el fondo. Ahora ya no podría moverse, a menos que consiguiera liberar las manos.

La sensación de la muerte centuplica las fuerzas, pero Jim sabía que eso solo duraría unos instantes. Luego perdería la noción de las cosas y se dejaría arrastrar por una especie de mansa corriente que le llevaría hasta la eternidad. Jim sabía que tendría fuerzas hasta que necesitase desesperadamente respirar, por no poder resistir ya la tensión de sus pulmones, en cuyo momento inhalaría la segunda bocanada de agua.

Y aquello sería el fin.

Empleando, pues, sus últimos segundos, sus últimas fuerzas, Jim manejó hábilmente la navaja para cortar las ligaduras de sus muñecas. Se desolló la piel, pero eso no tenía importancia en un momento así. Bruscamente, con un terrible tirón, quedó libre.

La navaja resbaló de entre sus dedos.

Jim intentó tirar del peso hacia arriba, para desclavarlo del fango, pero no pudo. Necesitaba, pues, cortar las ligaduras o moriría allí mismo. Palpó el fango en busca de la navaja que acababa de caer ya que la oscuridad, le hacía imposible verla.

Los pulmones le estallaban.

Era un modo bien cochino de morir.

Reventar en el fondo del puerto de una ciudad desconocida y emplear las últimas energías en palpar el barro, los desperdicios, la suciedad de los barcos acumulada durante docenas y docenas de años. Pero necesitaba recuperar la navaja o ya no saldría de allí. Lanzó un grito interior al palpar algo metálico, pero no era más que un pedazo de hojalata. Lo soltó mientras una espesa angustia parecía diluirse en su sangre. Dejó que su cuerpo cayera hacia atrás, ya sin fuerzas, y entonces sus dedos palparon la navaja.

Sus pulmones parecieron estallar, respiró otra vez e inhaló una nueva bocanada de agua, que expulsó enseguida, para volver a tragar más. Jim sabía que ahora había entrado en la última fase, en la última recta de la carrera hacia la muerte. A partir de este momento ya no intervendría su voluntad. Sus pulmones se comportarían como un fuelle que poco a poco ya no tiene fuerzas para expulsar el agua, que se van inundando lentamente, lentamente...

Dio un tajo a las tinieblas con su mano derecha y encontró el cáñamo que sujetaba el peso. Para ello tuvo que atravesar una espesa capa de barro, aunque no tan espesa que le impidiera hacer fuerzas. Moviendo la navaja como una sierra, consiguió cortar la cuerda. Entonces soltó la hoja de acero, levantó ambos brazos... ¡y trató de flotar!

El barro se pegó a sus pies, impidiéndole la ascensión. Tuvo que mover las piernas como un ciclista tres o cuatro veces para que aquella masa viscosa se despegara. Claro que de eso apenas se dio cuenta; todo lo hacía ya mecánicamente, por puro instinto, sin pensar. Solo sabía que el poco aire que quedaba en sus pulmones le ayudaría en su ascensión.

Movió las manos un par de veces más, tragó agua de nuevo, pensó que era inútil, que de todos modos iba a morir... ¡y salió a la superficie!

Volvió a hundirse enseguida, pero ya había tragado una

bocanada de aire. Sintiendo como si el corazón fuera a estallarle, hizo otro esfuerzo para sacar de nuevo la cabeza y respiró con avidez. A partir de ese momento supo que ya estaba salvado. Empezó a toser y a escupir agua, que era lo mejor que podía ocurrirle en esos momentos.

Permaneció flotando casi diez minutos, sin hacer más esfuerzos que los justos, mientras respiraba poco a poco. Las toses se iban haciendo menos intensas cada vez, y su cabeza se aclaraba. Vio que estaba en el centro del puerto, muy lejos de las orillas. Unos grandes «docks» con las puertas pintadas de amarillo se divisaban a unos doscientos metros, en la noche. Eso era lo más cercano.

Jim empezó a nadar lenta y silenciosamente hacia allí, valiéndose más que nada de su brazo derecho, mientras notaba los vendajes rotos y dejaba en las aguas una delgada estela de sangre.

TRECE

Cuando llegó al borde del muelle, Jim estaba completamente agitado.

Ello no es extraño si se tiene en cuenta que había hecho titánicos esfuerzos por librarse de las ligaduras, y al abrirse la herida de nuevo, había vuelto a perder sangre.

Una barquichuela atada a un pivote descansaba en la oscuridad. Jim logró trepar a ella y se tendió en el fondo, resollando, sintiendo como si las tinieblas dieran frenéticas vueltas en torno suyo.

La debilidad le hizo cerrar los ojos.

Cuando los abrió de nuevo, una claridad turbia y lechosa empezaba a insinuarse sobre las aguas del puerto. Se frotó los párpados y comprendió que debía haber dormido al menos tres horas. Estaba amaneciendo ya, y si continuaba en el fondo de aquella barca sería descubierto.

Logró ponerse en pie.

Las tres horas de sueño reparador le habían beneficiado enormemente, y ahora se sentía otra vez con algunas fuerzas. Trepó al muelle y miró en torno suyo. La soledad y el silencio eran absolutos.

Por encima de un edificio aún parpadeaba un anuncio en letras de neón: «Players, please». La claridad por encima de las arboladuras de los lejanos buques se iba haciendo cada vez más intensa.

Jim miró sus ropas y tuvo una sensación desoladora. Se habían secado en parte, pero cualquiera le tomaría por un vagabundo. Sin embargo continuaba poseyendo su revólver y su documentación, y eso era por el momento todo lo que necesitaba.

Pensó acudir a la policía, puesto que ahora ya tenía una pista segura, pero unos instantes de reflexión le bastaron para convencerse de que iba a dar un mal paso.

En efecto, la historia de los dos resucitados haría reír a los tranquilos policías de Dublín, y además él no podía decir que estaba en el país en misión de contraespionaje. No solo los irlandeses querrían también meter las narices en lo que sucedía, sino que

fácilmente podría originarse además un conflicto diplomático.

Lo que hiciera tendría que hacerlo solo, y además no le quedaría más remedio que seguir ocultándose hasta el fin como un maleante.

Tendría que cambiar de ropas, y para eso lo mejor sería comprar otras nuevas en una casa de confección. ¿Pero dónde meterse hasta que las tiendas abrieran?

También podía irrumpir de repente en la casa donde habitaban el hombre-estatua y la extraña Margaret. Ahora le creían muerto y estarían desprevenidos, ¿pero qué conseguiría con eso? No podía torturarlos para arrancarles el emplazamiento del secreto que buscaba. Lo mejor sería observarlos, ya que ahora obrarían confiadamente, y ver a qué sitios se dirigían.

También se preguntó por dónde podían haber entrado para maniatarlo y llevarlo hasta el puerto. Seguramente habrían empleado la ventana, rompiendo incluso un cristal, ya que la cerradura estaba bien asegurada. Luego habían podido cloroformizarle para asegurar su inmovilidad hasta llegar al puerto. Hundiéndolo en las aguas no solo aseguraban una muerte silenciosa y relativamente limpia, sino que además se desprendían del cadáver, que es el requisito más difícil del crimen, pese a que muchos criminales no lo tengan en cuenta.

Pensando en esto, avanzó a través de las calles más o menos desiertas, bordeando los «docks» y los inmensos almacenes con paredes de aluminio. Se cruzó con algunos obreros portuarios, pero estos no se fijaron apenas en él, seguramente porque estaban acostumbrados a ver borrachos y tipos desastrados por aquella zona. Luego fue eligiendo los lugares menos concurridos, pero para llegar hasta un almacén de ropas tenía que ir inevitablemente al centro de la ciudad. Y, cuando ya había amanecido por completo, se encontró frente a la catedral.

Jim Castle tragó saliva penosamente.

Podía haber ido a casa de la señora Scott, a pedirle ayuda, pero no quería comprometerla ya más, sobre todo a causa del niño. Por cierto, ¿dónde había visto él la cara del marido de la señora Scott?

Este pensamiento había vuelto a él a veces desde que viera la fotografía en la casa, pero terminaba desechándolo, ya que tenía cosas más importantes en qué ocuparse. Sin embargo, el pensamiento volvía.

Ahora Jim hizo un gesto para ahuyentarlo y se quedó mirando la catedral, con su poética estatua de Guinness, su piedra gris y su nostálgico aspecto. La puerta estaba abierta, puesto que las iglesias suelen ser los edificios donde más se madruga en cualquier lugar del mundo.

Al notar que la gente ya empezaba a mirarle de una manera rara, y teniendo en cuenta que en cualquier momento podía aparecer un policía, Jim decidió entrar.

Fingiría estar rezando hasta la hora de abrir las tiendas, y tal vez incluso rezase de verdad. Lo necesitaba.

Penetró en el templo.

Y lo primero que hizo fue ver, en la nave lateral frontera, la estatua del hombre en cuya casa había estado la noche anterior. La estatua de un juez muerto muchos años antes.

Jim se sintió de nuevo acometido por el vértigo y hubo de apoyarse en uno de los largos bancos de madera. La sensación de lo increíble, de lo absurdo, de la pesadilla, volvía a apoderarse de él.

Tuvo que tomar asiento pesadamente porque se le doblaban las rodillas.

* * *

Cuando salió de allí, una hora más tarde, sus ropas estaban casi completamente secas, y había procurado alisárselas para que no parecieran tan arrugadas... Lo peor era que aún presentaban extensas manchas de sangre.

Se detuvo un momento bajo el umbral. La circulación era intensa, y muchas personas honorablemente vestidas pasaban ante la iglesia. Llamaría la atención apenas pusiese los pies en la calle.

Vio un taxi y casi se abalanzó sobre él para detenerlo. El taxista no tuvo ni tiempo para fijarse en sus ropas.

— ¿Conoce usted el almacén de algún confeccionista? — preguntó Jim.

— ¿Barato o caro?

— Más bien popular.

— O. K.

— He tenido un tropiezo en un tugurio y me han herido ligeramente. Han tenido que curarme en una clínica. Había faldas de por medio y no quiero que se entere mi mujer, ¿comprende?

Hace solo cuatro años, mi mujer era aún campeona de levantamiento de peso.

—Me hago cargo, amigo. La mía, hace ocho años, era algo muchísimo peor.

— ¿Sí?

—Era campeona de lanzamiento de jabalina. Y no puede imaginarse con qué maestría le envía a uno el rodillo de amasar al centro de la cabeza.

El taxista le dejó en un almacén de ropas de confección situado cerca del mercado. En los grandes y viejos escaparates se alineaban maniquíes peinados según la moda de *Los años veinte*, luciendo ropas de obrero, americanas mal entalladas y gorras patibularias. Pero Jim no podía haber encontrado un sitio mejor para sus propósitos.

Dio al taxista una generosa propina y entró en el almacén.

El encargado le miró con mala cara.

— ¿Qué, amigo? ¿Trata de despistar a la policía?

—No lo sabe usted bien. Por eso quisiera un disfraz de «Jack el Destripador».

—La cosa no está para bromas, amigo. En cualquier momento va a llegar el dueño y...

Jim depositó sobre el mostrador un billete de diez libras. Estaba mojado, pero seguía teniendo el aspecto apetitoso de todos los billetes de la misma clase.

—Esto es para empezar, compañero. Además le pagaré el doble de lo que las ropas valen si me atiende bien. He tenido una bronca y he sido levemente herido por una cuestión de faldas. Luego mi contrincante y yo hemos caído al agua. Si mi mujer se entera, voy a caer a un sitio peor; voy a caer a la tumba.

— ¿Qué excusa dará para explicar el cambio de ropas? ¿Cómo justificará la herida?

Jim puso otro billete de a cinco junto al billete de a diez.

—Eso es cosa mía, compañero. Lo importante es entrar en casa sin que mi mujer se ponga a pegar gritos; lo demás vendrá después.

El encargado retiró prontamente las quince libras.

— ¿Qué ropas quiere?

—Un jersey de cuello alto, una americana y unos pantalones.

—Tengo lo que desea. Venga.

Jim era de esos tipos delgados a los que todo les cae bien, de modo que, una vez vestido con las nuevas ropas en un probador privado, se sintió mucho mejor y más seguro de sí mismo. Pidió papel de embalar y él mismo se hizo un paquete con las ropas manchadas. Pagó lo que le pidieron, sin pestañear, y aún añadió como propina una suma equivalente. Supuso que el encargado guardaría el secreto al menos durante un día. Era todo lo que necesitaba.

Pero, por si se equivocaba en sus suposiciones, Jim hizo a continuación otra cosa.

Como primera medida, arrojó el paquete de ropa vieja por encima de la valla de un solar donde no trabajaba nadie. Luego fue a otro almacén y cambió las prendas acabadas de adquirir por otras casi completamente distintas, llevándose las antiguas en un nuevo paquete.

De ese modo, si el encargado le denunciaba, daría minuciosamente las señas de las ropas, con lo cual ayudaría precisamente a que la policía no lo encontrara nunca.

A Jim aún le quedaba cerebro y aún le quedaban unos cuantos billetes entregados a cuenta por la tesorería del Tío Sam. Lo que no le quedaba eran ánimos.

Porque cuando se encaminó de nuevo a las cercanías de la iglesia de la Purísima Sangre, supo que iba a enfrentarse a lo inexplicable.

CATORCE

No le convenía obrar precipitadamente ni dar a entender de ningún modo que continuaba vivo. En realidad su única ventaja consistía en la falsa confianza con que ahora obrarían sus enemigos.

Un taxi le condujo hasta las cercanías de la casa donde él había dormido la noche anterior. A la luz del día la reconoció perfectamente, y se dio cuenta de que, al menos en su aspecto exterior, nada había cambiado. Claro que las ventanas estaban cerradas, como si allí no habitase nadie.

Jim, que había hecho un largo aprendizaje en aquella clase de trabajos, se puso a vigilar a cierta distancia y sin ser visto. Durante más de una hora nada ocurrió.

Fue entonces cuando empezó a flaquear su ánimo.

¿Y si, después de cometido el crimen, los dos misteriosos habitantes de aquella casa se habían largado? ¿Y si ahora él perdía unas horas preciosas vigilando una casa vacía?

Incluso por un momento pensó alejarse de allí, pero le detuvo la idea de que al fin y al cabo, aquella era su única pista sólida.

Estaba tramando algún modo para acercarse y forzar la puerta sin ser visto, cuando de pronto la casa se abrió y de ella salió Margaret.

Margaret iba vestida con un abrigo blanco de media estación, llevaba zapatos de alto tacón y un bolso también blanco. En contra de su voluntad, Jim tuvo que reconocer que aquella muchacha era de las que hacen caer hacia atrás a la dotación de un acorazado.

Caminaba con tanta gracia, con tanta armonía de movimientos, que uno se sentía inevitablemente sugestionado por ella, preso en su encanto, en el embrujo especial que se derivaba de cada uno de sus gestos. Jim se puso a seguirla casi sin darse cuenta de lo que hacía.

Después de haber pasado la noche anterior en remojo, ahora tenía la boca espantosamente seca.

Y aquello se lo causaba la visión de la figura de la mujer.

Diablos, Margaret estaba muy bien para haber muerto setenta y cinco años antes. Y para ser una criminal ejecutada en la horca.

La muchacha no se daba cuenta de que era seguida, y obraba con

la mayor naturalidad. Corrió un momento para tomar un autobús verde del servicio público, y Jim hubo de hacer lo mismo, pero saltando al estribo solo en el último segundo, cuando ella y sus hermosas piernas estaban ya casi en el piso superior.

Fue una suerte que ella hubiera elegido aquel piso, porque de lo contrario le hubiese visto. A veces una persecución llevada muy correctamente se estropea por un detalle así.

La muchacha descendió cerca del Trinity College. Jim lo había imaginado y estaba preparado ya.

Saltó del autobús en marcha unos segundos después de haberse apeado la muchacha, que caminaba a través de la gran plaza central, hacia el edificio de la biblioteca.

Los dos subieron la escalera uno tras otro, separados por veinte peldaños. Desde la entrada, Jim observó el lugar donde se situaba Margaret.

Esta se hallaba examinando los viejos volúmenes de las estanterías a mano derecha. Parecía muy absorta y miraba los títulos uno por uno. Debía buscar un volumen muy concreto, algo que ya conocía.

Y allí, sin duda, estaría el microfilm. Allí estaría lo que había causado la muerte ya a dos hombres y estuvo a punto de causar la suya.

La sensación de hallarse tan cerca del fin hacía sudar copiosamente a Jim, a pesar de que la temperatura era más bien fría. Sus dedos temblaban y le era imposible conservar la serenidad.

Bruscamente los ojos de la muchacha brillaron, y sus manos fueron hacia un determinado libro. Había encontrado lo que buscaba.

Jim, que tenía una vista de lince y estaba semioculto a poca distancia, pudo leer el título del lomo: «Procesos 1890-1895». ¡Al parecer Margaret iba a leer la historia del proceso por el cual fue condenada y ejecutada!

Otra vez Jim Castle se sentía dominado por la sensación de lo inexplicable, pero ya estaba cerca del fin y no podía retroceder. Vio que la muchacha hojeaba el libro ávidamente.

Y entre dos de las hojas encontró una plaquita de celuloide: el negativo de una foto disminuida de tamaño varias docenas de veces. Lo que desde Washington le habían ordenado encontrar a él

y lo que desde Pekín le habían mandado hallar a ella.

Jim tragó saliva. Era el fin.

Se puso en movimiento sin darse cuenta de que alguien montaba silenciosamente una pistola a su espalda.

QUINCE

Jim solo necesitó dos segundos para saltar hacia la muchacha y arrebatárle de un seco manotazo el microfilm que ella sostenía aún entre los dedos.

A pesar del entrenamiento que el agente poseía para aquella clase de acciones, no hubiera conseguido nada sin la colaboración del asombro de Margaret. Pues la muchacha quedó tan atónita, tan absorta, tan paralizada al verle vivo y allí, que en cierto modo fue como una niña a la cual arrebatan un juguete de entre las manos.

No se movió. Solo sus labios se entreabrieron un momento para decir:

— ¡Dios mío...!

La exclamación era un tanto rara para una mujer que envía a sus víctimas a refrescarse al fondo de las aguas del puerto, pero Jim no pudo prestar atención a ese detalle. Dio media vuelta para huir y en ese momento vio el ojo negro de la pistola apenas a tres pasos de él.

Margaret aulló:

— ¡Noooo...!

Jim saltó vertiginosamente sobre la muchacha y ambos rodaron por el suelo, bajo una inmensa mesa-vitrina, mientras la primera bala deshacía el lomo de uno de los libros.

El agente vio al hombre que acababa de disparar. Era un tipo alto, delgado, sinuoso, cuyos cabellos negros le caían sobre la frente. Llevaba en la derecha una «Browning» automática y ahora se disponía a apuntar bajo la mesa.

Jim levantó ambas piernas en una fracción de segundo y la volcó estrepitosamente, con todo su contenido, mientras la segunda bala hacía astillas uno de los adornos del mueble. Un viejo empleado de la biblioteca intentó lanzarse sobre el agresor, pero este le envió hacia atrás, sin sentido, de un tremendo culatazo a la mandíbula.

Los breves segundos que el agresor empleó en tan educativa operación, los empleó a su vez Jim para extraer el revólver de su funda axilar. Cuando el otro se volvió, dispuesto a apretar el gatillo por tercera vez, ya le estaba apuntando también el calibre 38.

Fue como un duelo en los viejos tiempos del Oeste. Un desafío a

cara o cruz. Un choque bestial donde la vida sería del más rápido.

Jim Castle había vivido algunas situaciones como aquella y sabía de qué modo hay que actuar. Su bala partió unas décimas de segundo más rápida que la de su enemigo. Vio que la cabeza de este estallaba, que se abría como una fruta demasiado madura, y el grito del moribundo se confundió con el aullido de horror de Margaret.

El joven no pudo perder ni una décima de segundo en contemplar al caído. Estaba en un edificio bien guardado, donde había libros valiosísimos y donde probablemente se encontraría casi siempre un retén de policía. Si no se daba prisa en huir, ya no escaparía de allí.

Tenía el microfilm, y eso era cuanto le interesaba. No pensaba castigar a Margaret, aunque ella fuese la presunta asesina de Robert Ely. En un trabajo tan siniestro como aquel, cuantos menos muertos mejor.

Dio un fantástico salto hacia la salida, mientras otro de los empleados de la biblioteca intentaba abrazarle.

— ¡Quiere llevarse los Evangelios! —aulló—. ¡Quiere llevarse los Evangelios!⁽¹⁾

—Yo no quiero llevarme los Evangelios —dijo Jim con voz silbante—. Pero en cambio tú vas a llevarte esto, idiota...

Le atizó un golpe en el frontal con la culata de su 38, y el otro se desmoronó que daba gusto. Es decir, el fiel empleado se desmoronó como una pila de libros.

Las escaleras que llevan a la planta baja las descendió Jim en menos de diez segundos, bastándole para ello tres o cuatro saltos. Apenas se vio en la gran plaza contorneada por los edificios universitarios, miró en torno suyo buscando una salida.

Por la entrada principal, a la izquierda, asomaba la nariz un policía. Jim comprendió que tenía que ir en otra dirección.

A la derecha, al fondo, estaban las pistas de tenis y los tristes y viejos edificios para residencia de los estudiantes. El agente pensó que por allí tenía que haber otra salida, aunque fuese pequeña. Resultaba lógico.

Fiando en esa posibilidad, corrió con toda la velocidad de sus piernas hacia aquel lado. El policía hizo sonar su silbato. Un estudiante que pasaba por aquel lugar tomó a Jim por un ladrón y se lanzó sobre él en una fantástica plancha de jugador de rugby,

pero el agente pudo esquivarlo con una finta de cintura. Él también había jugado al rugby muchas veces durante sus entrenamientos, pero con la particularidad de que los adversarios llevaban porras y tubos de plomo. El estudiante cayó estruendosamente a tierra.

La suposición de Jim resultó cierta. Junto a los pabellones había una puertecita que daba a la calle, y además no demasiado lejos de la Embajada americana. En el primer momento Jim pensó dirigirse allí, pero se dijo que, si alguien le veía, podría originar también un conflicto diplomático.

Un agente secreto tiene que serlo hasta el fin.

Entonces hizo lo que le habían enseñado a hacer en aquellas situaciones: obrar por su cuenta. Salto a un taxi que pasaba a poca velocidad y puso el cañón de su 38 en la nuca del conductor.

Este tartamudeó:

—Le perdono la propina, amigo, pero saque eso de mi espalda...

—Lléveme a O'Connell Street. Y habrá propina si se acuerda de pisar fuerte el pedal de gas.

El coche partió como una exhalación. El silbato del policía seguía oyéndose, pero cada vez con menos intensidad. Todo había ocurrido tan velozmente que ningún testigo, fuera del estudiante derribado, había tenido tiempo de reaccionar aún.

La elección de O'Connell Street como punto de destino no había sido hecha al azar. Aquel era el mejor punto de Dublín para perder la pista de un hombre, no solo por su bullicio, sino por la gran cantidad de almacenes con varias puertas que se alinean en la importante calle. Una vez descendiera del taxi, al conductor le sería imposible seguirle la pista.

Llegaron en pocos minutos, pero a él le pareció una eternidad. Dejó caer en el asiento delantero una libra irlandesa y saltó por la puerta izquierda, perdiéndose en el bullicio de la multitud.

Ahora podía ir sin tropiezos a la Embajada americana, y ellos encontrarían el modo de sacarle del país. Prácticamente el asunto estaba acabado. ¿Pero y Margaret?

Tal vez su obligación hubiera sido llevarla consigo, hacer que los Servicios de Inteligencia americanos pudieran interrogarla. Quizá alojarle un balazo en la cabeza, para que pagara por la muerte de Robert Ely... Pero, cosa rara, Jim no deseaba ninguna de esas cosas. Deseaba ver otra vez a la mujer y hablar con ella. Hablarle de cosas

que quizá no tenían sentido, que estaban incluso reñidas con su deber, pero que marcarían ya para siempre la vida del agente secreto americano. Él estaba seguro de eso.

¿Y si no fuera aún a la Embajada de su país? ¿Y si intentase hablar a Margaret?

¿Y si lograba concertar con ella una cita en un terreno neutral, por ejemplo en casa de la señora Scott?

Jim sabía que eso era dar un paso atrás, que estaba incluso reñido con su deber, pero por una vez decidió seguir los dictados de su corazón en lugar de las obligaciones de su código. Necesitaba saber si Margaret era culpable o no. Necesitaba darle una oportunidad en el caso de que la muchacha aún pudiera rehacer su vida.

Desde casa de la señora Scott podría telefonear a la Embajada. Quizá alguno de los funcionarios pudiera ayudarle, yendo a la casa donde había conocido a Margaret.

De todos modos Jim Castle aún vacilaba. Y siguió vacilando unos segundos, hasta que recordó algo, algo muy importante.

Fue entonces cuando decidió ir sin ningún género de dudas a casa de la señora Scott.

* * *

Ella le recibió sin extrañeza, incluso con su sonrisa más amable. Dio la sensación de que le estaba esperando. Jim le tendió la mano y le rogó que le dejase pasar.

—Se marchó usted sin despedirse —dijo ella, siempre sonriendo—. Durante horas he estado esperando que me telefoneara, pero ya empezaba a temer que le hubiese ocurrido algo.

—Me han ocurrido muchas cosas, señora Scott; algunas muy largas de explicar. Por eso necesito su ayuda.

Ella se sentó frente a él, en el mismo saloncito de dos noches antes, y cruzó sabiamente las piernas.

—¿Por qué me tratas con tanta ceremonia después de lo ocurrido entre nosotros? —susurró—. ¿Por qué me llamas «señora Scott»?

—No llegó a ocurrir nada irremediable, y quizá lo lamente algún día —musitó él. Y de pronto preguntó—: ¿Y el niño?

—Está aquí. ¿Quieres verlo?

Ella llamó con una voz seca y un poco estridente, y el niño apareció por una de las puertas contiguas. Parecía triste, reservado y ausente, como la primera vez que Jim le vio. Ahora notó que el pequeño evitaba mirarle.

— ¿Qué clase de ayuda necesitas? —preguntó ella.

—Quería que fueses a casa de una mujer llamada Margaret. Puedo darte la dirección exacta. Está cerca de la iglesia de la Purísima Sangre.

—Si solo es eso...

—Quería, pero ya no quiero —dijo Jim con suavidad—. De pronto, mientras venía hacia aquí, he recordado algo.

— ¿Qué has recordado? —preguntó ella, descruzando lentamente las piernas.

—Quién es el hombre que está en ese retrato —Jim lo señaló con el mentón—. Ese que tú dices que es tu marido.

Ella hizo un gesto suave, mientras sonreía, y acercó hacia sí al niño como si quisiera protegerlo.

—Es mi marido —dijo—. ¿Por qué lo dudas, Jim? ¿Empiezas a volverte loco?

—Es un sabio, un experto en Climatología, cuya foto apareció en las revistas hace muchos años. No es tu marido ni tú lo has visto nunca, muchacha; seguro que obtuviste esta foto de alguna agencia o del archivo de algún periódico, creyendo que todo el mundo la habría olvidado ya. Yo mismo, que tengo buena memoria, no he podido recordarla hasta hace muy poco. Ese hombre no es tu marido, y por consiguiente ese niño tampoco es tu hijo.

Las facciones de la mujer, cosa extraña, no perdieron ni por un instante su expresión tranquila. Pareció como si no hubiera oído la acusación de Jim.

— ¿De modo —susurró, no obstante— que yo tengo aquí montada una farsa?

—Y esa farsa la has montado solo en mi honor.

— ¿Con qué objeto?

—Con el de liquidarme —dijo sencillamente Jim—. No fue casualidad que me encontraras a la salida de la biblioteca del Trinity College, hace dos noches. Lo que en realidad hiciste con tu coche, después de fallar los disparos en el interior, fue intentar atropellarme. Al no perder yo el conocimiento, comprendiste que

era mejor no llevar las cosas demasiado lejos. Entonces me ofreciste tu ayuda, porque mientras me tuvieras en tu casa yo estaba bien controlado. Lo que no entiendo es por qué no aprovechaste la ocasión para matarme, una vez yo dormido...

—Pedí instrucciones por teléfono —dijo ella tranquilamente, sin que su expresión se alterara lo más mínimo.

Aquella tranquilidad asombraba a Jim, pero comprendió que no debía dejarse impresionar. Aunque no quería matar a la mujer, llegaría un momento en que habría que emplear las armas, al menos para intimidarla. Y estaba seguro de que en ese momento él siempre emplearía su revólver con más velocidad que ella.

No debía, pues, estar intranquilo, aunque no podía evitar que la calma de la mujer le desconcertase.

— ¿A quién pediste instrucciones? —preguntó.

—La que se puso al teléfono fue Margaret. Dijo que de momento no hiciera nada contra ti.

—Es curioso... entonces, en cierto modo, Margaret me salvó la vida...

—Puede que sea así. Pero imagino que, en todo caso, ella y Statton tendrían sus planes.

— ¿Quién es Statton?

—El hombre a quien supongo conocerías en la misma casa de Margaret.

— ¿El hombre-estatua?

Ella lanzó una carcajada que tuvo la virtud de desconcertar aún más a Jim Castle.

—Es curioso que le hayas llamado así... En efecto, se maquilló y vistió como una estatua que hay en la catedral, y que pertenece a una persona muy honorable y muerta hace ya un montón de años. Statton trabajó antes en el teatro, hasta que le metieron en la cárcel por asuntos muy graves, y era famoso por su habilidad para maquillarse.

Los dientes de Jim rechinaron un instante. La situación le parecía increíble —increíble precisamente porque no había violencia, porque no ocurría nada— pero estaba dispuesto a seguirla hasta el fin.

— ¿Qué pretendía? ¿Lo hizo para asombrarme? Eso era estúpido, porque podía darse el caso de que yo ni siquiera llegase a ver esa

escultura de la catedral, en cuyo caso no me daría cuenta del parecido.

—Oh, no... Él no lo hacía solo por ti. Él quería que Margaret se diese cuenta.

— ¿Se diese cuenta de qué...?

La cabeza de Jim era un torbellino. Le daba vueltas.

— ¿De qué? —repetió—. ¿De qué...?

—Se diese cuenta del parecido, y por unos viejos periódicos que había en la casa se diera cuenta también de que ella era extraordinariamente semejante a una mujer a la que ese juez hubo de condenar hace muchos años. Entonces sabría que en la biblioteca del Trinity College tenía que buscar la historia del proceso. El microfilm estaba allí.

—No lo comprendo. ¿Por qué no se le dijo directamente dónde tenía que buscar?

—Para que, si la capturabais antes, no supiera realmente nada, y al mismo tiempo para que no pudiera irse de la lengua. Para que supiera solo lo indispensable y en el último minuto. ¿Te parece poco?

—Entonces... ¿entonces he de creer que Margaret es inocente? —farfulló sin fuerzas Jim.

Por su gusto se hubiera puesto a aullar de entusiasmo ante aquella posibilidad, ante aquel hecho —el de la inocencia de Margaret— que lo cambiaba todo. Pero intentó dominarse.

—Ella hace esto a la fuerza —musitó la mujer.

— ¿Por qué la elegisteis?

—Porque la verdadera mujer designada por el Gobierno chino para este trabajo murió accidentalmente. Entonces se nos encargó de la búsqueda del microfilm a nosotros, es decir a Statton y a mí. Somos lo que se ha dado en llamar espías internacionales, y trabajamos para el mejor postor. Pero ya que los agentes yanquis buscarían a una mujer, ¿por qué no hacerles ver una mujer efectivamente? Y por eso metimos a Margaret en el asunto. Mientras vosotros la seguáis, nosotros nos apoderaríamos del microfilm sin ningún riesgo.

— ¿Y por qué no lo hicisteis así?

—Porque Statton cometió la torpeza de matar a Robert Ely, quien había llegado a verle y a deducir algo, y entonces nos asustamos.

Era mejor que no se nos viese, mejor no intervenir. Statton, que no quería que Margaret viera jamás su verdadero rostro, había aparecido ya maquillado desde el primer momento como la estatua que tú viste en la catedral. Así pensaba asustarla, tenerla dominada completamente. Al morir Robert Ely y ponerse las cosas feas, decidimos que ella buscara el microfilm, pero no sabiendo hasta el último momento dónde tenía que buscar. Statton quedaría en reserva, por si ella fallaba.

— ¿Pero por qué elegisteis a Margaret?

—Por dos razones. Porque es viuda y está desamparada, y porque tiene un hijo. Por un hijo se hacen muchas cosas, amigo mío.

Y ella señaló al pequeño con un suave gesto de su mentón. Jim supo dar entonces una explicación al aire ausente del pequeño: el niño estaba como paralizado, como aterrorizado, como muerto. Se sabía prisionero en poder de aquella mujer. Y el pequeño era la prenda que obligaría a Margaret a hacerlo todo, absolutamente todo.

Sintió que las facciones se le tensaban a causa de la ira. Sintió que temblaban sus labios.

—Dios mío... —susurró.

—El niño le hubiera sido devuelto sano y salvo al terminar esto —aclaró la mujer—, pero si no ha cumplido bien su papel no lo verá más...

— ¿En qué consistía su papel, aparte el hecho de buscar en un determinado libro del Trinity College?

—En sostener por la noche una especie de disputa con Statton, como si ambos fueran seres muertos muchos años antes (ya te he dicho que Margaret, casualmente, se parecía de un modo asombroso a una mujer condenada largo tiempo atrás) para que tú perdieras el control de tus nervios e intentaras salir de la habitación. Statton te había preparado una trampa junto a la puerta. Pero, como estabas débil, lo que hiciste fue perder el sentido. Entraron por la ventana y te trasladaron hasta los muelles. Eso también formaba parte del trabajo de Margaret. Lo que no comprendo es cómo pudiste salvarte...

Jim recordó la navaja. La navaja que alguien le había puesto en la espalda...

—Supongo que fue un milagro —dijo suavemente—. Un milagro

de Margaret.

— ¿Qué quieres decir?

—Ya lo sabrás a su debido tiempo. ¿Y quiénes eran los pistoleros que me atacaron la otra noche?

Ella hizo un gesto de desprecio.

—Gentuzá, maleantes a sueldo. Statton les había ordenado matarte, sabiendo que acudirías allí. No supieron hacer ni eso.

— ¿Por qué supo que acudiría allí? ¿Es que él preparó el cadáver de Robert para que me sugiriera aquella pista?

—Sí.

Jim cerró un momento los ojos, aturdido. Había dado a su compañero muerto un mérito excepcional por sugerirle una pista con su sangre. Ahora resultaba todo una trampa del enemigo, una encerrona. En aquel mundo infame en que se movía no había nada que tuviera mérito, nada que fuese verdad. Sintió como una náusea.

Aquel sería su último trabajo. Por narices que sí.

—Pues ahora tengo yo el microfilm —dijo suavemente—. Y Statton ha muerto, ya que supongo que es él, sin maquillar, el tipo a quien he tenido que matar en la biblioteca del Trinity. En cuanto a ti, vas a tener que acompañarme, quieras o no, a la Embajada americana. Espero que no me obligues a emplear la violencia, pero tengo un revólver. Sabes que lo sacaré antes de que puedas intentar nada.

Ella sonrió. ¿Por qué sonreía siempre? ¿Por qué aquella mirada triunfante?

Jim estaba a punto de perder el control de sus nervios.

—En el fondo eres muy inocente —dijo ella con suavidad—. No se te ocurre que los demás pueden hacer lo que tú no harías. Tenía una pistola bajo el almohadón de este diván, pero desde el primer momento he sabido que no me dejarías oportunidad de emplearla. En cambio no te has dado cuenta de que estoy amenazando con ella al niño. Hace rato que la tiene clavada en los riñones. Y por tanto eres tú el que va a entregarse, Jim Castle. Tú el que va a levantar las manos y ponerse a pensar en el Más Allá...

Jim tragó saliva en un movimiento espasmódico. Ciertamente, había sido un estúpido al no imaginarse que ella había atraído al niño por alguna causa. Le parecía tan monstruoso que... que no había acertado ni a pensarlo. Pero allí estaba la sórdida, la cochina

realidad. O él se entregaba o aquel niño moría.

Leyó la más implacable, la más cruel de las decisiones en los ojos de aquella mujer.

—No te atreverás —susurró—. Hay normas morales que uno respeta a pesar de todo; hay crímenes que uno no comete...

Por toda respuesta oyó el «tic» del seguro de la pistola al ser bajado. Ahora el arma ya estaba lista para disparar.

Un sudor frío inundaba el rostro de Jim. Se sentía sin fuerzas. Sus ojos se le nublaban.

—Pequeño, muévete —suplicó—. Muévete solo un poco... Yo...

—Es inútil —dijo ella fríamente—. Le abrasaré antes de que mueva un dedo. Tú eres el que tiene que moverse, Jim Castle. Tienes tres segundos para levantar los brazos y apoyarlos de espalda en esa pared. Uno...

Jim no podía respirar. Sus pulmones parecían haberse convertido en fuego.

—Dos...

Si él se entregaba ella le mataría, pero no importaba eso. Lo peor era que su misión habría fracasado, y luego Margaret y el niño morirían también. La habitación pareció empezar a dar vueltas.

— ¡Tres! ¡Tú lo has querido!

Jim se lanzó hacia adelante en un último y titánico esfuerzo, mientras sonaba una detonación. Lanzó un aullido al creer que el niño había sido alcanzado mortalmente, pero en lugar de eso unas partículas de la masa encefálica de la mujer saltaron a su rostro. A pesar de lo que Jim había visto, de lo que había vivido, no pudo evitar un estremecimiento de horror.

La mujer se dobló hacia adelante, con la cabeza partida, y la pistola resbaló de entre sus dedos. El niño se apartó lanzando ahora un chillido de angustia contenida, un grito de terror insoportable, de miedo que estaba más allá de sus pobres fuerzas.

Margaret, desde el umbral, con una pistola humeante en la derecha, les miraba a los dos con lágrimas en los ojos.

—Dios santo... —susurró—. Había venido a sacarlo de aquí como fuese... Ellos lo raptaron y... ¡Pero he llegado en el último segundo! ¡En el último segundo!

Estaba al borde del ataque de histeria. Se abrazaba al niño y no hacía más que llorar. Jim tuvo que sostenerlos a los dos y sacarlos

precipitadamente de la casa.

—Vamos a la Embajada antes de que esto se revolucione... — murmuró—. Ahora ya no hay peligros ni manos misteriosas en la niebla, pero conviene darse prisa... ¿No te gustaría conocer los Estados Unidos, Margaret?

Ella musitó, aún con lágrimas en sus ojos:

—Si tú... si tú me acompañas...

—Claro que te acompañaré, muchacha... A mí siempre me ocurren cosas raras, ¿sabes? Resulta que voy a tener un hijo ya mayorcito cuando me case... Y voy a dar a todos mis amigos, en la comida de bodas, un atracón de cerveza irlandesa. ¡Hasta que se ahoguen!

Ella logró reír, por encima de sus lágrimas,

Y Jim pensó, como, había pensado otras veces, que nada hay más hermoso que una mujer riendo y llorando a la vez. Si la mujer tiene menos de treinta años y es un monumento, claro. Porque en este mundo, amigos, hay que decirlo todo.

FIN

eso
tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 3 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

{1} En la Biblioteca del Trinity College se conservan valiosísimos ejemplares manuscritos de antiguos Evangelios. (N. del E.)